

Pedro Chico González

San Juan Bautista De La Salle MAESTRO Y PEDAGOGO



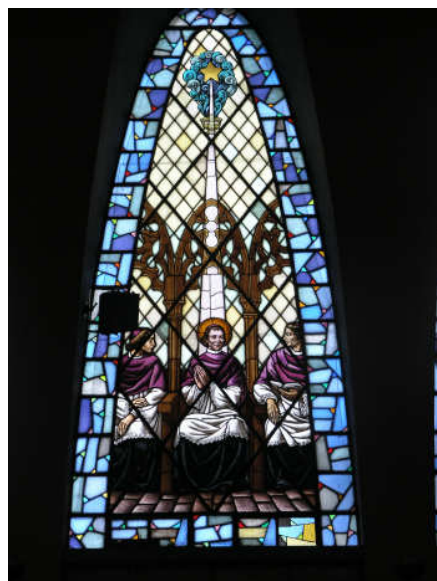
Intuiciones y Mensajes de su Pedagogía

De La Salle

Texto editado para
Editorial Bruño * Radio La Salle
Lima y Urubamba
Perú

Este boceto de hechos y gestos fundacionales de Juan Bautista de la Salle,
como Fundador del Instituto de Hermanos de las Escuelas Cristianas,
es deudor de trabajos tan significativos
como los publicados en los Cahiers Lasalliens, la hermosa síntesis de José María Valladolid, CRONOLOGIA LASALIANA, Roma. 1994
y Biografías como la de Saturnino Gallego. Madrid, Ed. Católica. BAC. T. 1. 1986
A estos, y a otros autores de Biografías, el más cálido agradecimiento
Derechos de autor abiertos
Hay autorización para copiar y reproducir los textos y datos
y publicarlos sin restricciones,
tanto de los tres folletos impresos que componen la edición
como del CD que acompaña con más amplia información. Se ruega citar la procedencia

Primera etapa. Raíces y semillas



1661. 10 de Octubre. A los 10 años de edad ingresa en el excelente Colegio de los “Buenos niños” (Bonorum puerorum), dependiente de la Universidad de Reims, en donde se ejercitaba a los alumnos en ejercicios públicos para desarrollar la oratoria de los escolares y a acostumbrarlos a la vida de relación social. En el Colegio aprendió los conocimientos de historia, gramática, latín, ciencias, conforme al programa jesuítico de las escuelas de la Compañía y al que se seguía en las influyentes pequeñas escuelas de Port Royal, que servían de referencia a muchos centros educativos en la Francia del siglo XVII.

Las primeras letras las aprendió con un maestro o preceptor particular, en las horas de trabajo destinadas al estudio en el hogar familiar, como ocurría luego con sus hermanos pequeños. Una de sus intuiciones pedagógicas será *la de una pedagogía activa en las aulas* [1]; a ellas se debe ir a “trabajar” y no sólo a escuchar explicaciones del profesor. Existe constancia de algunas de sus intervenciones en

obras de teatro y varias en debates entre escolares en presencia de profesores.

1667, 7 de Enero. Tiene 16 años, cuando es designado canónigo de la Catedral, por cesión del sitial número 21 de parte de Pedro Dozet, canónigo amigo de la familia. La asistencia habitual al coro, todavía adolescente, le imprimió *el sentido del orden* [2], de la puntualidad y de la regularidad, que serán a lo largo de su vida rasgos de su talante personal. En ese contexto, nacerá su *pedagogía de la previsión y de la minuciosidad*. [3] Se reflejará en su estilo, sistema e intuiciones educadoras posteriores. Estaba exento de esta asistencia al coro catedralicio en los días lectivos, por sus obligaciones escolares, y luego, también ausencias autorizadas por el cabildo, cuando fue a París a estudiar Teología, residiendo en el Seminario de San Sulpicio.

Fueron muchos los años que contempló la bellísima catedral gótica de Reims, templo majestuoso, iluminado por un torrente de luz, que invitaba a la *claridad en las ideas* [4],

al orden en los sentimientos [5] y a la serenidad en los días oscuros de la vida [6], que es lo mismo que la fortaleza y el autodomínio [7]; también influyeron en su modo de vida y en las cualidades que fueron rasgos que adornaron su personalidad de educador.



Catedral de Reims

1672. De educando a educador. Estando en París, adonde llegó el 18 de Octubre de 1670, y cuando tenía 19 años, experimentó la desgracia del fallecimiento de su madre el 19 de Julio de 1671. No había pasado un año todavía, cuando el 9 de Abril siguiente, del año 1672, la herida se acrecentó con el inesperado fallecimiento del padre. Esto cambió su vida. Tuvo que volver a Reims para cumplir el testamento paterno, que le nombraba tutor de sus hermanos y administrador de los muchos bienes familiares, que eran abundantes.

M El poco tiempo que pasó en el célebre Seminario de San Sulpicio dejó en él una fuerte huella espiritual, sobre todo en su piedad sacerdotal y en la maduración de su personalidad. Pero no cabe duda que allí descubrió el amor a los niños [8], sobre todo pobres, en las variadas catequesis dominicales de las parroquias. Siempre trabajó por ellos con el desinterés y altruismo [9] que animaba a los seminaristas del San Sulpicio. También se impregnó de la disciplina, del orden y hasta del rigor

y la constancia en el estudio [10], que eran la tónica de la vida en las aulas universitarias que frecuentó durante ese tiempo.

Reintegrado al hogar paterno como tutor, antes de concluir ningún grado académico tuvo que hacerse cargo de sus hermanos, pues el testamento paterno le dejaba como tutor de los seis miembros del hogar, en que era el primogénito. Hubo de hacer de padre y de madre [11], armonizando la firmeza del uno y la ternura de la otra, como un día explícitamente recomendaría a sus educadores maestros de niños menos privilegiados. Lo dirá en las meditaciones de forma persistente.

Siguió con su ideal sacerdotal. Recibió las Ordenes menores y luego, el 11 de Junio del año 1672, el Subdiaconado. Por sus obligaciones familiares, no residía en el Seminario. Las clases de Teología las recibía en el curso que el Profesor D. Egan ofrecía en el Centro de San Dionisio y acaso también en las clases que daba Miguel de Blanzý en San Patricio.

En casa, su presencia era necesaria. El orden reinaba con su solo ejemplo de vida, por lo que su autoridad con los hermanos era suave, comprensiva y como natural [12]. La única que le podía discutir las órdenes era su hermana María, de 18 años, que por temperamento y edad podía rivalizar en autoridad con los hermanos más pequeños. Pero, por acuerdo familiar, se trasladó a vivir con la abuela materna Petra, que se había hecho cargo del benjamín de la casa, de sólo 11 meses al morir la madre. La otra hermana, Rosa, había ingresado en el convento de agustinas de la ciudad un poco antes de fallecer el padre. Tenía sólo 16 años y era de carácter dócil, tierno y muy familiar. Tampoco le podía dar ningún problema, aunque sí gastos, a cuenta de los bienes patrimoniales, gastos que él realizaba con verdadero cariño fraterno y anotaba con precisión de contable.



Antiguo Seminario S. Sulpicio

Los que fueron reclamando pequeñas atenciones en su vida infantil fueron, pues, los tres chicos que quedaron con él en la casa paterna de la calle Santa Margarita: Santiago José, de 13 años, Juan Luis, de 8 y Pedro, de 6. La atención física y material del hogar estaba a cargo de la doncella que quedó como servicio y del criado que permaneció como ayuda. Las otras atenciones, el oficio de padre y de madre de los huérfanos, le correspondió a Juan Bautista. Y constituyó para él una verdadera y enriquecedora experiencia pedagógica que le resultó beneficiosa para la misión educadora que la Providencia le reservaba.

Además, su cargo de tutor le obligó a gestionar cuantiosos bienes familiares y administrar la marcha del hogar: gastos, compras, pensiones, necesidades vitales de vestido y alimento, las pequeñas incidencias de cada día. Por suerte, se conservan los libros de cuentas, que iba registrando para poder mostrarlas al Consejo de tutela constituido por cuatro familiares, como su padre había dejado indicado en el testamento. Esa “*cuenta de tutela*, {1} primer escrito salido de su pluma que se conserva, es un verdadero alarde de orden y minuciosidad, y una ingenua referencia del devenir de una familia de su nivel.

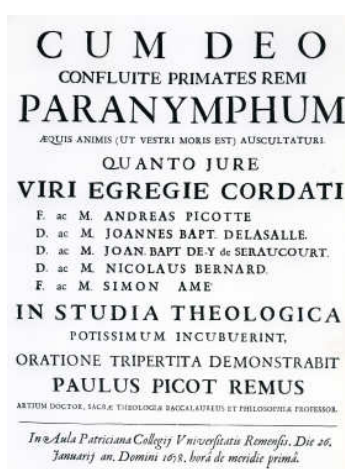
Es cierto que su nivel económico le permitió tener, al menos, dos sirvientes en el hogar, continuando lo que había existido en vida de los padres. Probablemente, un preceptor externo preparó a los pequeños en las primeras letras, antes de que entrasen en los centros docentes en los que se formaron después. Pero no pudo faltar la mirada previsora y amorosa de un joven distinguido, que hubo de simultanear los estudios y lecturas de teología con la compra de un sombrero infantil, un paño de adorno para una hermana, la propina para un servidor o recadero, además de los alimentos de cada día.

Estas serán las interesantes y primeras observaciones que de él se conservan, que anuncian la admirable delicada *minuciosidad y espíritu de observación* [9] que aparecerá en las cartas intercambiadas con los Hermanos de su Instituto, que mensualmente dirigía a cada uno, como gesto de cercanía fraternal y espiritual con ellos. Estilo que aparecerá también en sus libros, como es el caso de las “*Reglas de Urbanidad y Cortesía cristiana*” {7}.



Catedral de Reims

1976. Al acercarse a su ordenación sacerdotal y a punto de terminar su fatigosa Licenciatura, Juan Bautista comprendió que la gestión de los bienes le resultaba gravosa y que era incompatible con su dedicación ministerial, después. Pensó que era conveniente que otro asumiera la responsabilidad de gestionar los bienes y lo pidió a los familiares. El 2 de Septiembre, a pesar de su negativa y por sentencia administrativa solicitada por los otros familiares, asumió la tutela el tío materno, Nicolás L'Espagnol.



Programa de invitación e invitación para la graduación de licenciatura.

Juan Bautista, que se dedicó con más intensidad al estudio y a la preparación para el sacerdocio, siguió siendo el verdadero y cercano educador de sus hermanos. Con ellos convivía y con frecuencia los orientaba y les enseñaba. Los cuatro años que había estado llevando la contabilidad y la promoción del patrimonio familiar le habían hecho un *buen administrador* [13], ordenado y *minucioso* en las cosas de dinero, *opuesto a las deudas activas y pasivas*, exigente en cálculos, prudente y austero para sí, siempre generoso y cordial en los gastos con los demás.

Parece mentira, pero el haber hallado este amplio documento contable, aparentemente sin valor biográfico, permite encontrar en sus líneas de

cálculos financieros al alado de las otras líneas pedagógicas, formando un hermoso poema espiritual. En las cuentas asentadas se refleja uno de los lenguajes docentes más interesantes de Juan Bautista de la Salle: el de los gestos como lenguaje persuasivo. Fue su modo de hablar por encima de los discursos, según aquella sentencia de los romanos: "Verba volant, exempla trahunt" (Las palabras vuelan y los ejemplos arrastran). Fue un estilo, una actitud que tantas veces Juan Bautista recordaría a sus primeros maestros, a juzgar por la multitud de alusiones en sus escritos a la ejemplaridad del educador. Las líneas del documento reflejan maravillosamente la claridad de su lógica, la delicadeza de su espíritu, la ternura de su corazón.

1678, 26 de Enero. Terminados sus estudios en la Universidad, fue investido con el grado de la Licenciatura en Teología. Defendió una tesis en el mismo acto que otros cuatro compañeros. Se conserva la constancia del hecho en discreto programa impreso que se repartió en la Universidad y entre los familiares.



Primera misa del Santo, en una vidriera La Salle, de Lima.

El 9 de Abril fue ordenado sacerdote por el Arzobispo Le Tellier en la capilla del Arzobispado. Antes, había

hecho en el Seminario un prolongado retiro espiritual para prepararse a recibir el sacramento. El día 10 celebró la primera misa en la Capilla de Santa María de la Catedral, derecho que tenía por ser canónigo de la misma.

El 27 del mismo mes de Abril de 1678, falleció, casi de forma inesperada, su Director espiritual, Nicolás Roland. Era un celoso sacerdote a quien había tomado por director de su alma al regreso de París. Roland le había atendido con celo y generosidad. Y le había sembrado cierto amor preferente a la educación de los niños y de las niñas, pues él mismo había instituido en Reims un grupo de religiosas educadoras, con dos Hermanas que había enviado desde Ruán otro gran educador, el religioso mínimo Nicolás Barré. Dios, que hace todo a la medida de las almas, decidió llevar a la patria eterna a Roland, cuando ya Juan Bautista estaba preparado para asumir una tarea silenciosamente preparada por su Providencia amorosa.

Al morir, Roland dejó a La Salle, casi seguramente que sin consultarle, el encargo testamentario de cuidar y proteger a las Hermanas de Niño Jesús. Había sido un amigo más que un consejero espiritual y Juan Bautista no podía ni vacilar en asumir el encargo. Tenía sólo ocho años más que Juan Bautista, pero con él había aprendido lo que vale *la educación en la infancia, de la femenina y también de la masculina* [14].

Por este motivo, es seguro que mantuvo diversos contactos con el P. Barré, para entonces ya destinado a París por sus superiores a causa de la debilidad de su salud. Barré había empezado a promover las escuelas de niñas en Ruan y había enviado dos religiosas a Roland para iniciar su obra. Por ello, es fácil que, por carta o en visitas ocasionales, tuviera con él algunos encuentros, después del fallecimiento de Roland.

En las relaciones con ambos fue fraguando Juan bautista el gran

principio inspirador de una pedagogía cristiana sólida: que *la educación no es sólo instrucción, sino formación* [15], y que los educadores deben estar impregnados de *principios y de ideales espirituales* [16], incluso para ser eficaces en las enseñanzas. Será una línea constante luego en su pedagogía basada en los *criterios del Evangelio y en el amor a las máximas del cristianismo*. [17]



Nicolás Barré, inspirador y Nicolás Roland, el animador

El frecuente contacto con estos dos Fundadores de congregaciones religiosas docentes le abrió las puertas al conocimiento y *afecto hacia la educación femenina* [18]. Algo de ello sabía por las dos hermanas que con él convivieron en el hogar familiar. Pero mucho más aprendió, al tener que alentar y casi gobernar aquella obra de Roland que él ayudó eficazmente, con amor y reverencia, a crecer y a estabilizarse en la sociedad y en la Iglesia.

Por otra parte, Juan Bautista se entregó de lleno a la muerte de Roland a ordenar las propiedades y actos jurídicos que el fallecido amigo había dejado inacabadas.

Se conserva, entre otros variados documentos por él firmados el 31 de Octubre de 1679, un "*Memorial sobre los bienes de las Hermanas del Niño Jesús de Reims*" {2} en el que se detallan las posesiones y la situación de las mismas y las conveniencias previsibles para asegurar la tarea docente que las Hermanas llevan entre manos.

**Los valores pedagógicos radicales y originales
de Juan Bautista de La Salle**

Seriedad y compromiso responsable.

Interpretación providencialista de los acontecimientos.

Valor de la cultura y de la instrucción, superando el pietismo.

Conciencia de la presencia divina en la vida de cada hombre libre.

Importancia de los sentimientos en la educación: ternura y firmeza.

Valor del orden y de la constancia en el trabajo.

Valor del ejemplo del educador.

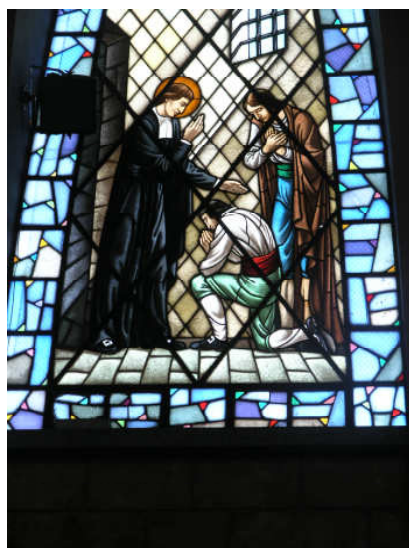
La experiencia en el educador como fuente de inspiración.

La necesidad de la convivencia y de la cercanía.

El valor insustituible del ejemplo y de los gestos en el educador.



Etapa segunda. El compromiso educador



1679, Marzo. Se encuentra con el Maestro Adriano Nyel, entusiasta promotor de escuelas de caridad y de parroquias, que venía a Reims con la pretensión de abrir una escuela de caridad. El hecho no fue fortuito, sino providencial. Lo reconocería el mismo Juan Bautista años después. Y sucedió en una de sus visitas a la casa de las Hermanas, donde acudía con frecuencia para ayudarlas en los orígenes.

Nyel venía a Reims desde Ruan, enviado por la piadosa señora Juana Dubois, viuda de Ponce Maillefer. Traía una carta precisamente para él, lejano pariente y ya piadoso sacerdote implicado en el sostenimiento de las escuelas de las Hermanas. Nyel no tenía un proyecto concreto y claro; venía a la deriva. El buen hombre pidió ayuda a Juan Bautista, que le hizo ver que, en las cosas de educación y en las tareas de iglesia, era preciso pensar bien las cosas y medir mucho los pasos. Sería siempre una consigna en la fundación de sus escuelas: la claridad, la *discreción* y la *previsión inteligente* [19].

Juan Bautista le albergó en su propia casa, para evitar que hablara más de la cuenta y se abortara el objetivo que traía, pues era excelente, pero no fácil de realizar. El joven e influyente canónigo prestó su ayuda para ver quién sería el párroco a propósito y cuál la parroquia más conveniente para una primera fundación escolar de aquellas características. Luego de elegida y preparado el terreno, se inició la Escuela de Caridad en la parroquia de San Mauricio (1), en torno al 15 de Abril. Al poco tiempo, vino la preparación de la segunda escuela, en la Parroquia de Santiago (2), la cual se puso en funcionamiento el 2 de Octubre. Al año siguiente, en Octubre de 1680, se abrió ya otra escuela en San Sinforiano (3). Para entonces, los maestros estaban residiendo en una casa alquilada, cercana a la de Juan Bautista, pues habían llegado a ser 7 y los escolares a los que atendían rondaban los 500. Todo parecía ir bien. Las demandas de nuevas obras y las alabanzas de todos, hicieron que Nyel se ilusionara con nuevas fundaciones.

El buen canónigo creyó que todo esto era una acción pasajera por su parte y que, hecha la buena obra, podría dejarla andar de por sí y seguir él con su vida sacerdotal ordinaria. El bien que se hacía en los niños, que antes andaban todo el día callejeando, le había impresionado y hecho pensar que había merecido la pena.

Vio y, luego, afirmó que *“prevenir el vicio y el desorden es mucho más importante que curarlo después y que esto sólo se consigue en la infancia mediante la educación en las escuelas”*. Fue uno de los admirables gérmenes y signos de su *pedagogía preventiva de la vigilancia*. [20]



Encuentro con Nyel

1680. Las ausencias de Nyel, una vez que se pusieron en marcha las escuelas, comenzaron a ser frecuentes e impedían el orden y los frutos en el trabajo escolar. La Salle multiplicaba sus visitas y recomendaciones a los maestros. Ellos le respetaban y hasta le admiraban. El iba dándose cuenta de la trascendencia que tiene *que el maestro esté siempre entusiasmado y preparado* [12] para el trabajo escolar. Sin querer, fue comprometiéndose cada vez más para conseguir mayor eficacia en la tarea de las escuelas.

Su vida de canónigo y de sacerdote seguía su curso. Algunos incidentes vinieron a inquietarla. Por ejemplo el pleito que le correspondió dirigir y defender dentro de la catedral contra un canónigo, César Thureth, que llevaba vida desordenada con una

criada. El pleito terminó con una pena canónica y su baja en el cabildo, en donde ocupaba el sitial número 12 cercano al 21, el de Juan Bautista, acusador formal en nombre del Cabildo.

Hacia Junio, sin que se sepa fecha exacta, Juan Bautista culminó sus estudios de Teología, presentando sus trabajos y defendiendo su tesis o sus argumentos sobre una cuestión fundamental propuesta, cuya formulación hoy desconocemos.

Después de esta defensa ante un tribunal universitario, obtuvo el grado académico de Doctor. Fue, desde luego, “después de Pascua” de este año de 1680. Los datos al respecto no han llegado con claridad hasta nosotros. Lo único seguro es que su exposición fue algo a favor de *la fidelidad a la recta doctrina de la Iglesia* [21], lo cual será una constante en su existencia y de su pensamiento. Al menos desde el verano de 1680, Juan Bautista firmó ya documentos con la usual añadidura de “doctor en Teología”.

Acaso por este motivo, se vio pronto de nuevo obligado a reasumir la tutoría administrativa de los bienes patrimoniales, pues no contaba ya con las razones esgrimidas para librarse de ella. La tutoría real y afectiva no la había perdido, pues había seguido viviendo con sus hermanos. Ahora, volvió a ser legalmente el tutor y administrador de familia, desde el 28 de Julio de 1680. En el tiempo que siguió ejerciendo este servicio, continuó con su minuciosidad y eficacia organizadora. Pero ya pudo disponer de más tiempo para las otras acciones sacerdotales y apostólicas que llevaba entre manos.

Por Navidad, Juan Bautista viajó a París, acaso por la profesión religiosa de su hermano agustino Santiago José. Fue entonces cuando tuvo una entrevista personal muy especial con

el P. Barré. La conversación dejó los principios del joven canónigo muy claros: *“entrega a la obra de las escuelas sólo por Dios”* [22]; *necesidad de confianza ciega en la Providencia* [23]; *la obra más necesaria de la Iglesia en ese momento era la educación* [24]; *antes debe ser Dios y su Reino que la familia”* [25]

1681. El año comenzó para Juan Bautista con aires nuevos. Se sentía en un barco que avanzaba velozmente, según la voluntad de Dios, pero sin saber del todo hacia dónde caminaba y dónde estaría el final de su derrotero. Estaba inmerso en una aventura, desafiante en ocasiones, escabrosa a veces, en todo caso comprometida, al estilo de Abraham, caminando hacia una tierra desconocida, por muy prometida que Barré se la pintara.

El 21 de Marzo tuvo una gran pena. Falleció casi de repente su hermana pequeña Rosa en el monasterio de Agustinas de la ciudad. Rosa tenía 25 años. Había pasado sólo nueve en el convento, cercana a la par a los suyos por los frecuentes gestos cariñosos de sus hermanos, sobre todo de Juan Bautista, su hermano mayor y tutor.

Entre el 14 y el 20 de Abril, Juan Bautista realizó un retiro con los maestros en su propia casa. Fue una semana de oración y de reflexión. Todos quedaron muy satisfechos: los maestros parecían entusiasmados con la experiencia. Juan Bautista advirtió que podría hacerse mucho más con ellos. Nyel, que había estado ausente, los encontró transformados al volver y pidió de inmediato a Juan Bautista que fuera él en adelante el director del grupo y de las obras.

Acaso como fruto de ese retiro y de sus benéficos efectos, se atrevió a dar un paso fundacional de trascendencia. Desde el 24 de Junio de ese 1681, día de San Juan, fiesta de su patrono, comenzó a llevar a los maestros a su casa familiar para las

comidas. Pero esa medida alarmó a varios familiares, que iniciaron las primeras críticas y reacciones. Había sido una decisión valiente y meditada. Pero sólo un ensayo, una invitación de amistad. Donde comían seis, podrían comer doce o trece con un poco de esfuerzo. Los seis eran sus tres hermanos, sus dos servidores, la cocinera y el mozo, y él mismo. Los otros seis, acaso siete, serían los maestros.

Aquello, que comenzó siendo una invitación, pasó de inmediato a ser un sistema de formación. El dirigirlos, orientarlos y animarlos durante las comidas con un trato más personal comenzó pronto a dar los frutos. Se multiplicaron los comentarios pedagógicos entre ellos y se estableció la costumbre de hacer lecturas espirituales y educativas. Es seguro que también pensó en sus hermanos, que diariamente comían y cenaban con personas mayores, de alguna cultura, y que orientaban sus conversaciones a cosas serias. Parece que todo estaba bien orientado. Pero... los comentarios familiares le fueron desfavorables y llegaron las primeras actitudes de oposición.

Los problemas familiares estallaron cuando, al año siguiente, los maestros fueron a residir a la casa todo el día. Las reacciones fueron muy desagradables, pero Juan Bautista sabía bien lo que hacía. Él era el tutor y podía decidir lo conveniente. Pero, también por testamento paterno, había un consejo de familia formado por cuatro familiares y era obligado consultarlo. El primero que puso el grito en el cielo fue su cuñado, Juan Maillefer. Después, hubo disensión entre los demás. Varios tíos se oponían. La abuela Petra y los otros tíos guardaban silencio. La tensión familiar no nos debe extrañar. Por entonces, las clases sociales y los niveles tenían mucho arraigo en la sociedad y en la cultura y convivir

con pobres maestros de escuela era rebajarse de nivel.

El Consejo de familia optó por deshacer la vida de convivencia con los hermanos. Pedro fue a vivir con su hermana María. Juan Remigio, por alguna razón desconocida, fue enviado a un internado que tenían los agustinos en Senlis. Juan Luis se enfrentó con la familia y exigió quedarse con su hermano. Aunque sólo tenía 16 años, se le consintió. Todo se hizo contra la voluntad de Juan Bautista. Pero él había meditado muy hondamente la llamada de su conciencia y, entre sus hermanos y los maestros, *eligió a los maestros* [26], que eran quienes llevan la obra en la que Dios le había embarcado.

De esa manera quedó muy libre para mayor dedicación a la obra que se le venía encima. Intuyó que la liberación respecto a las otras obligaciones redundaría en beneficio de *la actuación en las obras escolares* [27]. No otra cosa reclamaría para sus maestros a lo largo de los 35 años que le quedaban por delante en su tarea fundadora.



Con todo, las dificultades internas, con los maestros, que hasta entonces no habían aparecido de forma violenta, comenzaron a marcar su sello en la vida de Juan Bautista, señal de que la obra era de Dios. Después de las breves vacaciones del verano, a algunos de los maestros, dos o tres, les pareció dura la vida que llevaban ahora y la insistencia para que su acción escolar fuera muy responsable, dada la importancia que

tenía para la sociedad y para la Iglesia la buena educación de los escolares. Las exigencias de orden y eficacia que se les pedía con Juan Bautista ya no eran iguales a la tolerancia y hasta dejadez de Nyel. Decidieron retirarse y en poco tiempo desaparecieron los seis maestros iniciales.

Menos mal que Dios estaba detrás. Otros nuevos, de mayor calidad humana, vinieron a ocupar su puesto y el curso se inició con normalidad. Parece que algunos de ellos habían aprovechado también el paréntesis de la Navidad de 1681, pues Nyel había marchado a Rethel para estudiar la escuela que allí se ofrecía al grupo, y se despidieron de la obra.

1682. Comenzó el año con caras nuevas entre los maestros. Juan Bautista mantuvo como pudo la serenidad y comenzó con los nuevos a sembrar el sentido del trabajo y el amor a los escolares. También se estrenó el año con escuela nueva, la de Rethel (4), iniciada el 26 de Febrero. Fue el empeño de la piadosa señora Bourallerti y del párroco Vicente Cercelt lo que aseguró el sostenimiento de la obra. A los dos maestros que iniciaron aquella escuela se les proporcionó casa, que compró Juan Bautista con su dinero. Era obra de Nyel, pero sin La Salle no se hubiera llevado a buen término. El 14 de Mayo aconteció la primera muerte en el grupo. El joven Cristóbal, que había venido como ayudante de Nyel y ejercía como maestro, falleció en la casa de La Salle. Era probablemente un huérfano recogido por Nyel y dejó un recuerdo dulce y triste en el grupo.

A los pocos meses, en Junio, Nyel pretendió que Juan Bautista se responsabilizara de este centro escolar, enviando otros maestros, después de que él recibiera la invitación para abrir otra escuela en Guisa. Juan Bautista no era partidario de las aventuras ni de precipitarse. Con todo, Nyel marchó a la nueva

fundación, a pesar de la fragilidad de los maestros que precipitadamente Juan Bautista había tenido que enviar. Nyel era un soñador entusiasta. Juan Bautista era reflexivo, prefería una construcción sólida de las obras mediante una *buena formación espiritual y profesional de los maestros* [28]. A finales de Junio, la escuela de Guisa se puso en marcha, pero como una obra de Nyel, no de Juan Bautista.

Al tiempo que sucedían estos asuntos en Rethel y en Guisa, otras demandas llegaron al canónigo fundador. En Junio, acaso por influencia del sacerdote Juan Faubert, que se albergaba en la casa con los maestros y sostenía con él a dos o tres seminaristas pobres, se abrió la escuela de Chateau-Porcien (5). Era ésta una localidad que también había solicitado la ayuda de Juan Bautista. La respuesta escrita al alcalde y a los concejales de esta localidad es una declaración de compromisos firmes con las escuelas. Les decía: *“Señores. Estén persuadidos de que, vistas sus intenciones y el empeño en la instrucción y educación cristiana de sus niños, nada tomaré tan a pechos como secundar sus buenas intenciones.”* [29]

Es la primera carta que de Juan Bautista se conserva, de entre los miles que escribió a lo largo de su vida. En las 134 *Cartas* {3} hoy conocidas, de las que 55 son autógrafas y el resto copias o fragmentos, Juan Bautista puso el alma. Por eso son los documentos primordiales para conocer su pensamiento y su corazón.

Las fundaciones de Rethel y de Guisa despertaron en los responsables de la región el deseo de tener escuelas y *convertir a los niños callejeros en escolares ordenados.* {30} El Duque Mazarino, en cuyo Señorío estaban esas localidades, era generoso y buscaba el bien de sus vasallos. Por eso, estaba dispuesto a ofrecer

ayudas en la medida que podía. Noel, por su cuenta, con algún maestro de ayuda, había abierto otra escuela en Laon.



Desde el 24 de Junio de 1682, Juan Bautista había dejado la casa de la calle de Santa Margarita, pues le resultaba ya gravosa por lo grande, una vez que sus hermanos no vivían en ella. Juan Bautista y sus maestros se habían trasladado a otra en la calle Nueva. La causa de este cambio fue, en parte, económica, pues, aunque en la herencia le correspondía a él como primogénito, tenía que compensar con una parte proporcional a sus hermanos. Había, además, otro factor que le impulsaba al cambio y era la conveniencia de romper con un pasado familiar y ser más coherente con la aventura que había iniciado.

La casa que alquiló era diferente. Estaba frente al Convento de Santa Clara. La de Santa Margarita la puso en venta, pues tenía prisa por arreglar el reparto de los bienes familiares, ya que estaba envuelto en el pleito que le habían incoado los parientes. Aunque él fuera el tutor oficial y administrador de los bienes, había sido demandado por el representante y esposo de su hermana María, Juan Maillefer. No contento el tal pariente con la retirada de los hermanos de la tutela de Juan Bautista, *“para que no*

se educaran como gentes de baja categoría”, le reclamó judicialmente la venta del patrimonio familiar y el reparto entre los hermanos del mismo.

La medida resultó molesta. Pero contribuyó a que Juan Bautista se

sintiera más libre de su familia y avanzara con mayor decisión en el empeño con la educación popular. Es posible que, sin la incomprensión de sus familiares, no habría avanzado tan rápidamente por la senda de las escuelas

Los criterios pedagógicos quedaban encauzados para siglos

Dedicación total en el maestro, sin ataduras dispersivas.

Aceptación del sacrificio y de la renuncia como signo de amor educador.

Trabajo en grupo solidario, en comunidad.

Valores cristianos como superación de la instrucción profana.

Paciencia pedagógica y fidelidad.

Superación de todo desánimo, valentía y decisión.

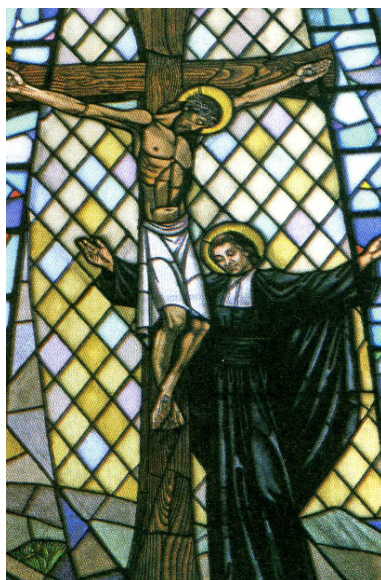
Orden suave, disciplina, amabilidad, eficacia.

Amor a los alumnos, con preferencia para los pobres.

Referencia intensa al Evangelio y a sus máximas espirituales.



Etapa 3. EL DURO CAMINO DE CONSTRUIR



1683. Algunas buenas vocaciones se integraron en la comunidad de maestros al iniciarse este año. Ello fue permitiendo a Juan Bautista atender mejor las escuelas. Los incidentes y desaires familiares habían sido ocasión para que aumentara más su *vinculación con los maestros [31]*, que, en adelante, serían su principal familia. Por eso, se dedicó más a coordinar sus actividades y a mejorar su sistema de vida. Se dio cuenta de que hacía falta un reglamento, unas consignas de vida e, incluso, un compromiso formal. Por eso les invitó a tener en Septiembre una Asamblea para tomar acuerdos. De hecho, se tomaron con serenidad y solidaridad.

Uno de estos acuerdos fue disponer de un *Reglamento que ordenara la vida del grupo, [32]*, pues ya llevaban un sistema de trabajo, comidas y hasta oraciones bastante uniforme. Fue entonces cuando decidieron de común acuerdo llamarse Hermanos y vestir un uniforme, más que un hábito, aunque tardaron en cumplir este postrer propósito. Estas medidas fueron fruto de un sereno acuerdo, más que una imposición, pero Juan Bautista se alegró de ellas, pues toda su vida estuvo amparada por el

sentido del orden y de la previsión [33], siempre uno de sus rasgos distintivos.

La partida de los primeros maestros y algunos comentarios de desconfianza en el porvenir, que siguieron latiendo en el grupo, incluso entre los recién llegados, le hicieron pensar a Juan Bautista si no era ya hora de dar un paso más audaz. Fue el momento en que se dispuso dejar la canonjía y renunciar a sus bienes familiares, para que sus, ya, Hermanos, que no sólo maestros, tuvieran un signo claro de su entrega definitiva a la obra de las escuelas y un *gesto de confianza ciega en la Providencia [34]*. Fue, pues, un gesto fundacional de valor singular: el desprendimiento, que fue, y es siempre, el motor de la *libertad del educador [35]*.

La decisión la tomó hacia el mes de Julio. Hizo un viaje a París para hablar con su Obispo, que estaba allí, pero al que no encontró. Aprovechó para volver a visitar al P. Barré y para clarificar la bondad de la orientación de su vida. Regresado a Reims, lo consultó con su Director espiritual, que lo era el sacerdote Santiago Caillou, rector del Seminario. Después de haberlo

madurado y obtenida la autorización preceptiva de su Arzobispo, que, por cierto, le dio de malhumor, el 15 de Agosto hizo la renuncia oficial de su asiento canonical en beneficio del abate Juan Faubert. Este tomó posesión al día siguiente, 16 de Agosto. Antes lo había hablado con su hermano Juan Luis, que estudiaba en San Sulpicio de París. Este entendió perfectamente el sentido del gesto y la razón por la que no le cedía a él la canonjía.

Más le costó a lo largo de este año persuadir a su Director espiritual de su decisión de desprenderse también de todos sus bienes patrimoniales. La inicial oposición de éste fue fuerte, por lo que suponía de ofensa a la familia y de riesgo para el porvenir. Al final, lo autorizó, al entender las razones del donante. Sólo le puso como condición prudente que se quedara con 200 libras de renta en cuanto sacerdote, con el fin de poderse dedicar más a su misión sacerdotal.

El 23 de Marzo hubo acaso otro fallecimiento en el grupo de maestros, el del Hno. Cosme. Juan Bautista actuó como testigo en el entierro. El 16 de Agosto dejó oficialmente la tutoría de los hermanos, aunque en la práctica la había dejado cuando separaron a todos ellos de su lado. Juan Luis estaba ya en París. Pedro marchó a estudiar Derecho en Orleáns y el pequeño, Juan Remigio, seguía interno en Senlis.

El otoño fue una estación muy dura para la población entera. Un hambre extraordinaria se extendió de manera rápida. Reims se convirtió en un asilo general. Era difícil encontrar alimento alguno al precio que fuera. Juan Bautista repartió la mayor parte de sus posesiones desde el otoño entre los menesterosos. En el invierno aumentaron el frío y el hambre. A lo largo de los meses finales de 1683 y los comienzos del siguiente, 1684, se había quedado prácticamente sin

nada. Antes había entregado a sus hermanos o a sus representantes legales todo lo que poseía a título personal de posesiones y de rentas fijas. Y también había separado minuciosamente los que era de sus hermanos o lo que con ellos poseía de forma compartida, todo lo cual fue transferido con admirable y absoluto desprendimiento.

Los alumnos de sus escuelas, que eran unos 500 en las tres existentes y las niñas de las cuatro escuelas que regían las Hermanas, fueron los primeros beneficiados de alimentos y ayudas, pues, al fin y al cabo, eran todos hijos de familias humildes y, muchas veces, de mendigos. El reparto fue realizado en forma de beneficios inmediatos: ropa para el frío y, sobre todo, alimentos para los hogares. El religioso mínimo Padre Barré le había aconsejado no fundar con sus bienes las *escuelas, sino dejarlas fundadas sólo en Dios y en la Providencia*. [36]. Juan Bautista siguió su consejo al pie de la letra.

La renuncia a los bienes fue la culminación de un proceso admirable y heroico de entrega a Dios por parte de Juan Bautista. Sólo un elevado nivel de vida espiritual y de oración hizo posible tal gesto fundacional, que muchos consideraron una insensatez juvenil, pero que constituyó el paso irreversible hacia una obra maravillosa para bien de la Iglesia y de las almas. Fue el punto de no retorno, que el mismo Juan Bautista valoró de manera muy sencilla, pero que resultó la inspiración inicial de un camino cada vez más comprometedor. Lo diría él luego con una sencillez y precisión admirable "*Dios que todo lo guía con sabiduría y dulzura y que no acostumbra a forzar la inclinación de los hombres, quería comprometerme del todo a cuidar las escuelas y lo hizo de manera muy imperceptible y en poco tiempo; de tal modo que un compromiso me fue llevando al siguiente, sin haberlo previsto al empezar*".

1685. Liberado de la posesión de bienes, y de la consiguiente carga de gestión de los mismos, y de las obligaciones del coro, Juan Bautista se sintió totalmente disponible para seguir por los caminos que parecía le señalaba la Providencia. Esa liberación él mismo la trasladó más o menos conscientemente a sus maestros

Desde el primer momento de su aventura, se dio cuenta de que *la educación supone entrega total* [37]. En todas partes se opondría a que tuvieran otras funciones: sacristanes, ayudantes de coro, cuidadores de iglesias, atenciones de hospitales y cosas semejantes. Esto era lo que muchos curas de parroquia y hospicios y asilos pensaban: que el maestro entretuviera a los niños y, luego, trabajara en otras funciones. La *instrucción supone preparar, acompañar, estimular, motivar y corregir, no sólo enseñar* [38]. Será una de las grandes intuiciones de Juan Bautista y él dará ejemplo de libertad profesional con su doble renuncia.

En el verano de este año vino otra noticia que Juan Bautista no esperaba. Nyel le comunicó por carta su deseo de retirarse a su ciudad natal de Ruan; tenía 63 años y estaba cansado y, acaso, enfermo. Juan Bautista tuvo que asumir las escuelas Guisa (7) y de Laon (8), a fin de que no se cerraran. Sin quererlo ni haberlo programado, estaba al frente de siete escuelas, tal vez de 14 a 16 maestros y de más de un millar y medio de escolares. Las cosas habían ido rápidamente muy lejos. Ya no había marcha atrás.

El 20 de Agosto firmó un contrato con el duque de Mazarino para hacer un Seminario de maestros, que había de estar en Reims y habría de surtir de buenos maestros a las aldeas y lugares aislados de su ducado. El Arzobispo de Reims, que debía dar la aprobación, rechazó la idea cuando ambos se la propusieron y el contrato

quedó en el aire. Luego, arreglaron las cosas y el 22 de Septiembre firmaron otro, ya sin contar con el Arzobispo. Y además bajo la jurisdicción de Laon y no de Reims.

Esta fue la ocasión por la que pronto surgió la primera "Normal", el primer Seminario de Maestros de Escuela, de Juan Bautista. La razón estaba en la imposibilidad de enviar a alguno de sus maestros, que ya eran Hermanos "semirreligiosos", porque no quería que fueran aislados; él consideraba ya entonces que *el trabajo en comunidad, en grupo*, [39] era decisivo para el acierto educativo. El Seminario prepararía otros maestros, buenos cristianos y excelentes docentes, que hicieran en solitario las mismas labores. Compró una casita en Reims (6).

Hacia finales de año, pudo ya comenzar a preparar los primeros maestros de este tipo, como seglares libres, pero bien formados, para algunas escuelas. Fue el primer *germen de Escuela de Magisterio* [40] que él diseñó y que, un siglo después, la sociedad buscaría con avidez. La casita estaba en Reims, en la calle Nueva. Los tres jóvenes primeros llegaron por la Navidad y fueron del Ducado de Mazarino y para ese destino los preparó. Por eso, el duque les siguió pagando la renta convenida por cada uno de ellos.

1686. Desde el 15 de Marzo de este año, tuvo la ayuda de su hermano Juan Luis en Reims, pues terminó los estudios en París, en San Sulpicio, donde había estado cinco años, desde Noviembre de 1681. Traía el título de Bachiller en Teología. Siempre fue un fiel adicto a Juan Bautista. Al final de su vida las relaciones se amargaron un poco, cuando Juan Luis se hizo apelante. Pero, hasta su muerte, en 1724 fue, como sacerdote, serio y celoso, y un gran defensor de la obra educadora que había nacido en su familia y de la que sentía siempre orgulloso.

Por Mayo, Juan Bautista citó a los principales Hermanos de los lugares donde ya había escuelas. Se trataba de analizar la situación de las obras tal como iban y de unificar criterios y métodos de trabajo, sobre la base de la experiencia. Durante toda su vida el diálogo con los maestros será una constante de este gran educador; recogerá sus experiencias, sus sugerencias, sus necesidades inmediatas y deseos. *Su pedagogía del diálogo sólo en la humildad se apoyaba.* [40]

El 23 de Mayo, día de la Ascensión, los invitó a hacer un voto trienal de obediencia y permanencia en el Instituto. Ellos acogieron la idea con entusiasmo y formularon su compromiso el 9 de Junio, fiesta de la Santísima Trinidad, al fin de sus reuniones e intercambios. Esa fiesta trinitaria sería en adelante, y durante siglos, el signo de su compromiso a Dios y a los hombres. Es casi seguro que realizaron entonces una peregrinación al santuario de de Ntra. Señora de Liesse, a nueve horas de camino. Desde allí regresó cada uno a su lugar para continuar con las obras.

Durante este retiro, recibieron la triste noticia de que el P. Barré había fallecido, el 6 de Mayo anterior, en París, a sus 65 años. Al ver el grupo de maestros y recordar al difunto, es seguro que Juan Bautista compartió con los suyos su sentimiento por su consejero y amigo y los invitó a elevar una suave plegaria de agradecimiento por el hombre bueno y celoso que acababa de llegar a la patria eterna. A él se debía la aventura de lo que ya era el Instituto que nacía y el apostolado eclesial que realizaba.

Tal como caminaban las cosas, experimentó Juan Bautista una intensa necesidad de poner en orden las ideas y las actitudes. Por Agosto, hizo un largo retiro por su cuenta y casi en secreto. Buscó un lugar en Normandía, la Garde-Chatel, cerca de Louviers, por lo tanto lejos de Reims. Allí se replanteó todo lo que llevaba entre manos y su misma vida, durante

casi un mes. Parece que fue donde escribió un documento que luego de su muerte conocieron los Hermanos. Le puso por título: *“Reglas que me he impuesto”* {4}.

Al terminar, recibió la noticia de que los Hermanos de Laon, que eran tres, estaban todos enfermos de gravedad. Se puso en camino y llegó a los tres días. Uno de ellos había ya fallecido. Otro había mejorado, el Hno. Gabriel Drolin, al que llevó consigo a Reims para asegurar su mejor restablecimiento. Por esta desgracia, las clases hubieron de retrasarse en este centro.

El Hno. Enrique L’Heureux, que había dejado como superior en Reims en su ausencia, había ido también a Laon. En el viaje de regreso es seguro que Juan Bautista aprovechó para comunicarle lo que en esos días de plegaria y reflexión había visto claro. Que el superior de los Hermanos debería ser uno de ellos, por dos motivos: primero, porque, si él faltaba, no sería bueno que el grupo cayera en manos de clérigos que destrozaran la idea de las escuelas; y, segundo, porque, sin quererlo y sin culpa de nadie, había cierta distancia entre los Hermanos y él, debido a su carácter sacerdotal.

Sorprendido el Hermano, entendió qué Juan Bautista hablaba en serio y sospechó que, al hablar de “un Hermano superior”, estaba refiriéndose a él mismo para el cargo. Nada más dijeron. En el encuentro de Septiembre, con motivo de las vacaciones escolares, se trataron diversos temas. El último fue el de la conveniencia de un superior Hermano para evitar interferencias clericales y para asegurar el futuro.

Evidentemente, los Hermanos se opusieron en principio a la idea, pero, al final, si el amigo y sacerdote Juan Bautista se lo decía, tenía que ser así. Y terminaron por aceptar la idea y elegir al Hno Enrique L’Heureux, para superior. El pobre Hermano aceptó

humildemente, pues así se lo pedía su hasta entonces superior. Tenía 24 años. Era inteligente, generoso y amable con todos. Con gran confusión, vio cómo Juan Bautista era el primero que se ponía a su disposición y le daba muestras de respeto y plena obediencia.

La vida aparentemente siguió igual. El nuevo Superior todo lo consultaba con Juan Bautista. Y las cosas empezaron a rodar. Lo que no contaba Juan Bautista es que los clérigos de la curia diocesana se iban a enterar del cambio en cualquier momento e iban a reaccionar. Así aconteció. Un bien día se enteraron y fueron con la nueva al Arzobispo. Tajante e inmediatamente recibió orden el dimitido Superior que asumiera de nuevo el cargo, pues era inconcebible que un pobre laico mandara a un sacerdote del Señor. La orden fue tan contundente que no dejó lugar a duda y hubo de cumplirse de inmediato. El repuesto en el cargo quedó triste y dolido, pero sometido. El destituido saltó de gozo, aunque acaso no lo hizo exteriormente. Los demás Hermanos en el fondo se alegraron, aunque hicieron ver a Juan Bautista que era triste que los de fuera se inmiscuyeran tanto en sus asuntos, pero que si lo mandaba el Arzobispo había que obedecer. En definitiva todo siguió al cabo de unos meses como había estado antes.

1687. La vida de las escuelas siguió su curso. Una obra hermosa que progresaba era el Seminario de Maestros. Hacia comienzos del año tenía ya unos 25 jovencitos preparándose para ser maestros de aldea. Los párrocos enviaban a los candidatos. Los que regresaban a su lugar quedaban bien preparados. Los Párrocos se mostraban satisfechos. Juan Bautista los preparaba bien en lo metodológico y también en lo espiritual. Volvían a sus parroquias a ejercer la labor docente imbuidos del espíritu cristiano de la casa que los había acogido

por meses y, en ocasiones, por uno o dos años.

A propósito de este recuerdo agradable de los jóvenes maestros de campiña, hay que hacer alusión a otra noticia triste. El 31 de Mayo falleció en Ruán Adrián Nyel. Al conocerla noticia, Juan Bautista celebró un solmene funeral por el difunto en la parroquia con todos los Hermanos. Eran pocos de los actuales los que lo habían conocido, pero su recuerdo permanecía entre las gentes de las escuelas que le habían visto trabajar al principio. Adrián Nyel le enseñó a Juan Bautista a *ser audaz y aventurero* [41]. Juan Bautista no logró enseñar a Nyel a *ser reposado y más reflexivo* [42.]

El párroco de San Sulpicio de París, La Barmondière, pensó en pedir Hermanos para encargarse la escuela taller que ya existía en su parroquia y que era más bien un lugar de trabajo de hilaturas dirigido por un sacerdote, el abate Compagnon, y gobernado por un tejedor que sabía más de hilaturas que de escolares. Juan Bautista daba largas para que el Párroco se decidiera. Actuó de intermediario su hermano Juan Luís, que seguía la Teología en San Sulpicio. Incluso el encargado de las Escuelas, Compagnon, viajó a Reims para reclamar los maestros y negociar con Juan Bautista. Pero no estaba entonces en la ciudad y se volvió a París a la espera de mejor momento. Cuando, por fin, el Párroco mismo escribió a Juan Bautista pidiendo Hermanos y condiciones, éste entendió que había llegado la hora de viajar a la capital del Reino.

Por Diciembre, solicitó diversos libros al pedagogo Charles Demia, intendente de las escuelas de Lyon. Con toda seguridad les remitió entre otros sus celebres Avisos ("*Remontrances*" o "*Avisos sobre la necesidad de las Escuelas cristianas para la instrucción de los pobres*"). Conoció las ideas educadoras de este excelente pedagogo y en algunas, no en mu-

chas, se sintió distanciado. Es seguro que también conoció otros escritos aparecidos en este mismo año. Por ejemplo, “*Las reglas de la educación de los niños*”, que era un manual, con principios rigoristas, que los janse-nistas aplicaban en sus escuelas de Port Royal. Con toda certeza saboreó las “*Meditaciones para las Hermanas de las escuelas de caridad, del Niño Jesús*”, del P. Giry, sucesor del P. Nicolás Barré, recientemente fallecido.

1688. Llegó por fin la hora de ir a París. El 24 de Febrero viajó con dos Hermanos a la capital. Al despedirse del Arzobispo de Reims, el prelado le sugirió que no se marchara de su Diócesis. Le prometió que, si se quedaba, le protegería las escuelas con los bienes del Arzobispado. Juan Bautista tenía una idea clara de lo que podía ser el nuevo Instituto que nacía. La oferta del prelado era tentadora a corto plazo. Pero Juan Bautista veía con ojos de Iglesia. Se sentía llamado a *algo universal y duradero*. [43] Su pedagogía no era de sacristía, sino de catedral, es decir de *universalidad y de perpetuidad* [44]. La partida a la capital de Reino fue algo muy meditado en los dos años anteriores. Por eso marchó con firme convicción de que lo que hacía era un gesto básico para el porvenir: la apertura al mundo.

De forma inmediata comenzaron los tres recién llegados a trabajar en la escuela parroquial de la Calle Princesa (9). Se dieron cuenta de que las condiciones eran muy negativas. Compagnon siguió al frente y el maestro de taller siguió ocupando a los niños en el trabajo de los tejidos. El desorden desanimó a los nuevos educadores y la actitud reticente y negativa de Compagnon resultó intolerable. Juan Bautista hizo ver a sus dos acompañantes que, en cosas de educación, la *paciencia es el secreto de acierto* [45] y el desánimo está prohibido, sobre todo si se miran las cosas con *los ojos de la fe* [46]. A duras penas, logró que los Hermanos se

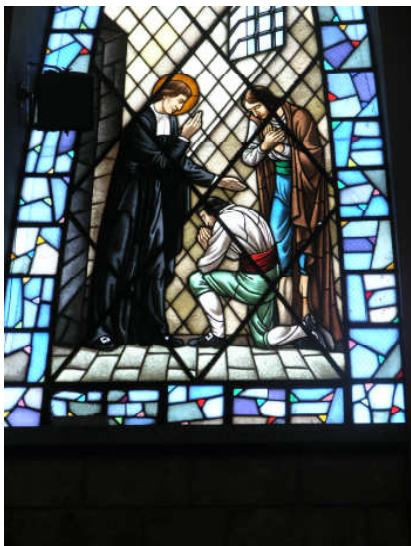
animaran. Si él no hubiera estado, la retirada hubiera sido inmediata.

El mismo Párroco, La Barmondière, se opuso al tipo de vestimenta de los maestros recién llegados. A Juan Bautista le pidió que vistiera el traje sacerdotal. Y para los maestros le pidió un traje de seglar o, a lo más, la casaca que llevaban los docentes de París. La Salle le respondió con la “*Memoria sobre el Hábito*” {5} que era una justificación de sus métodos de formación y de la vida de los Hermanos. Tan clara fue que el párroco no insistió y dejó hacer. El aceptó en adelante el hábito clerical. Los Hermanos siguieron con su uniforme peculiar. El Párroco se conformó con las medidas aceptadas a medias.

A medida que fueron haciéndose dueños de la situación, la escuela de la calle Princesa se llenó de escolares y la satisfacción creció rápidamente en alumnos y padres y en cuantos conocieron los métodos que se empleaban. Con los Hermanos no iban los escolares a trabajar, sino a aprender. El orden, el silencio, la acertada organización de las aulas y la seriedad y entrega de los dos Hermanos, que pronto fueron tres, hicieron que las clases, llenas a rebosar, fueran algo sorprendente. Blain relata que, en una visita a las aulas, el Párroco le dijo a Juan Bautista: “¡Ah, Señor de la Salle, qué hermoso es esto! ¿Dónde estarían estos niños si no hubiera sido por Vd?

1690. Por Enero, ante el éxito obtenido en la escuela de la Calle Princesa, se decidió el Párroco a abrir otra escuela en la Calle del Bac (10). Vinieron otros dos Hermanos de Reims para llevar la escuela. Entonces estalló la oposición de los maestros calígrafos. Ya estaban celosos con la primera escuela, pero era una escuela de caridad de la parroquia. Cuando comenzó esta segunda escuela, la alarma se transformó en tormenta. Entonces supo Juan Bautista *que toda obra de educación exige lucha y paciencia* [13] y que hay que preparar el espíritu

de forma adecuada, pues va a ser muy larga. Varias sentencias del Chantre de París fueron adversas y dieron razón a los maestros calígrafos que denunciaban a los intrusos.



Por Febrero, el Chantre Claudio Joly ordenó el cierre de la escuela y los maestros se incautaron de los muebles y enseres escolares. El recurso de La Salle ante los tribunales superiores le resultó favorable. Fue el Magistrado del Parlamento el que exigió la restitución de lo incautado y exigió libertad a los Hermanos, pues ellos no eran escuela de París, sino obra para los pobres de la Parroquia de San Sulpicio. Alumnos de todo tipo iban a las escuelas de los Hermanos y dejaban de acudir a las de los calígrafos. En unas aprendían mucho y no pagaban nada y en las otras pagaban algo, pero aprendían poco. Esa era la diferencia.

Por Octubre, Juan Bautista decidió llevar los cinco o seis postulantes que había en Reims a París, para que estuvieran mejor atendidos. Con ellos fue el Hno. Enrique L'Hereux para, al mismo tiempo que los cuidaba, siguiera sus estudios de Teología, con el fin de ser ordenado sacerdote y poder ser designado Superior de la comunidad de los Hermanos sin problemas. En Noviembre, al ir Juan Bautista a Reims para alentar a los Hermanos, el frío del invierno le hizo

caer enfermo y debió guardar cama varias semanas.

En la Navidad, estaba todavía en Reims. Y el comienzo de año le pilló también bastante debilitado en su ciudad natal. Fue a finales de mes o comienzo de Febrero cuando recibió de París el aviso de que el Hno. L'Heureux había caído enfermo de gravedad. Se puso en camino, aunque estaba convaleciente. Llegó a la capital y, al entrar en la casa de la Calle Princesa, recibió con angustia el latigazo de que el enfermo había fallecido dos días antes y ya estaba enterrado. Durante unos momentos quedó consternado, con todos sus planes por el suelo... Sólo salió de sus labios el "*Bendito sea Dios*", que sería habitual en su vida.

El fallecimiento del Hno. Enrique L'Heureux en París, al que había enviado a la capital para estudiar Teología y poder ponerle como Superior del naciente Instituto, sin problemas con la autoridad eclesiástica, le produjo una gran decepción. Le hizo ver que los planes de Dios son, con frecuencia, diferentes de los planes de los hombres. Y, con esta amarga experiencia, supo que Dios no quería sacerdotes en el Instituto. Entendió que la Providencia quería para su Instituto un *educador laico, no seglar, con plena libertad de acción pedagógica*. [47] El sacerdocio sería un estorbo para su tipo de maestro. Reorientó su diseño pedagógico, vio claro lo que Dios quería y perfiló un *laico entregado a una gran tarea*, sin más [48]. Será otra de sus grandes intuiciones

Como efecto de esta precipitada venida a París, en los comienzos de 1691, se reprodujo la fatiga y su enfermedad grave, tuvo que guardar cama y estuvo a punto de morir. Fue de tal gravedad su situación, que recibió la unción de los enfermos, administrada por el Sr. Baudrand. El mismo párroco, por sus relaciones con la Corte, logró que le visitara y

atendiera de urgencia un médico famoso, el Dr. Helvetius. Gracias al Doctor y, sobre todo, a que los planes divinos no eran en ese momento que su vida interrumpiera la cadena de servicios a la Iglesia, se logró que saliera adelante. Sin embargo la convalecencia fue algo larga

La inminencia y el riesgo de muerte en el que había estado le hicieron pensar en que su Instituto, que contaba ya con unos 25 miembros, necesitaba mayor consistencia interior y mejor organización. Sería la idea central que le dominó durante los siguientes meses. Decidió, después de mucha oración, tener frecuentes encuentros con los Hermanos y mantener personalmente una correspondencia mensual con cada uno de ellos. Alquiló entonces una hermosa casa en la calle de Vaugirard, con capacidad para albergar a todos los Hermanos de París y apta para recibir a otros en plan de retiros y frecuentes encuentros *de formación espiritual y profesional* [49]. Desde entonces, fueron miles las cartas que a lo largo de años intercambió con los Hermanos, aunque sólo unas pocas de ellas han llegado hasta nosotros.

El mes de Octubre, casi todos los Hermanos, incluidos los de Reims, lo pasaron en Vaugirard. A los más jóvenes los conservó luego en la casa durante varios meses, hasta Navidad. Tuvo con ellos múltiples horas de oración, estudio, conferencias y otros ejercicios de preparación. Todo ello iba dirigido a *fortalecer su vida espiritual y profesional* [50], sabiendo que son los más jóvenes los que más necesidad tienen de esa preparación básica y fundamental.

La formación de los Hermanos, en cuanto religiosos y también en cuanto profesores, se convirtió en verdadera obsesión para Juan Bautista. Siempre tuvo inquietud preferente por la formación de sus maestros, ya que de su acción educadora dependía la marcha de las escuelas. Diseñó un

plan escrito de cómo dar las clases y cómo comportarse en las escuelas. Pero siempre haciendo hincapié en la acción de cada profesor, muy prevista y preparada. Esa *dimensión personalizada* [51] la trasladaría en breve a la misma "*Guía de las Escuelas Cristianas*" [10], en la que ya comenzaba a pensar y acaso a escribir. En ella grabaría uno de sus admirables principios pedagógicos "*Todo profesor debe conocer a cada uno de sus alumnos y debe tratarle de manera diferente*". [52]



1692. Durante la primavera Juan Bautista hizo un viaje por las comunidades para alentar a los Hermanos. El párroco Baudrand, que era de la Sociedad de San Sulpicio, se había negado a que el Noviciado se estableciera de forma permanente en Vaugirard. Al menos, en su parroquia no lo quería. Hacia el 31 de Agosto fue consagrado obispo en París un amigo y compañero de estudios de Juan Bautista. Era Godet de Marais. Parece que fue él quien habló a Baudrand para que dejara de oponerse a la idea del Noviciado que Juan Bautista pretendía.

Así lo hizo y el 1 de Noviembre pudo iniciar con varios jóvenes el deseado Noviciado, de un año al menos de duración. El tal Noviciado fue una verdadera Escuela de Magisterio en adelante para el Instituto. Para estar al frente del grupo, que poco a poco se fue incrementando, pues ya en Noviembre tomaron el hábito seis jóvenes, trajo a París al eficaz y piadoso Hno. Juan Henry. Sólo tenía 21 años, pero era serio, responsable, muy espiritual y acogedor con los jóvenes.

En Reims quedó como Director el Hno Nicolás Vuyart.

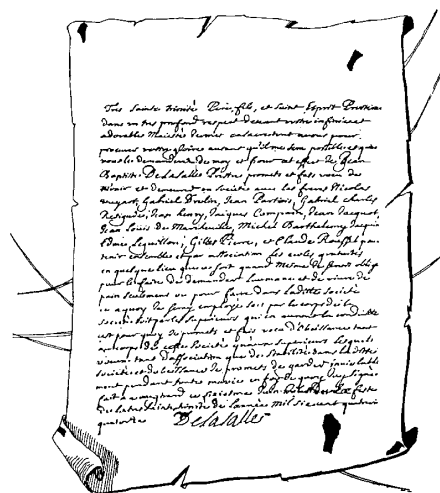
1693. El hambre y la pobreza fueron extremas en toda Francia en ese año, sobre todo en el invierno. Hubo que llevar a los Novicios a la calle Princesa. La Salle compuso en este año la “Colección de varios trataditos” {6}, para ofrecer un texto guía de espiritualidad a los Novicios, a los Hermanos y, acaso, también a otras personas piadosas o religiosas a las que él dirigía espiritualmente. Es curioso observar en textos, como los de este librito, que Juan Bautista insiste en que no “*no hay que hacer diferencia entre los deberes el propio estado y el asunto de la salvación eterna*”. La simbiosis de maestro y religioso, de educador y evangelizador, de formador de inteligencia e iluminador de conciencias, [53] es una de sus actitudes pedagógicas ya desde los primeros tiempos de su obra y de su Instituto.

La carestía se extendió a toda Francia y hubo mucha mortandad, sobre todo en la clase pobre. Parece que hubo postulantes que pidieron el ingreso por este motivo y, luego, marcharon en cuanto pasó el peligro del hambre. Algunos Hermanos parece que se quejaron al Fundador, el cual solía responderles con cierta suavidad diciendo que, al menos, habían hecho un retiro espiritual muy beneficioso para sus almas. Los Novicios vinieron a la calle Princesa para defenderse mejor. A pesar de las dificultades, las escuelas siguieron funcionando con el orden y la eficacia de siempre.

1694. El hambre continuaba de manera persistente también durante este año. Juan Bautista atendió a los Hermanos como pudo. Pero, al mismo tiempo que trabajaba por buscar recursos, también, desde su retiro de Vaugirard, se dedicó a la redacción de varios libros, según el testimonio del biógrafo Blain. Entre ellos parece seguro que redactó las “Reglas de Urbanidad y cortesía cristiana” {7}, las

“Instrucciones sobre la Santa Misa”, {8} acaso las “Meditaciones para el retiro” {9} y probablemente inició un esbozo manuscrito de la “Guía de las Escuelas Cristianas” {10}, al menos en forma de consignas pedagógicas para los maestros.

En este año también multiplicó las conversaciones con diversos Hermanos para redactar de forma vital y que no fuera una imposición suya la “Regla de los Hermanos” {11}. Esta guía de convivencia era un verdadero tratado ascético, mucho más desarrollado que el reglamento que había servido para la comunidad de Reims diez años antes. Una vez que la tuvo perfilada, convocó a una Asamblea de doce de los principales Hermanos. El 30 de Mayo se reunió con ellos, revisaron la Regla y las normas de vida. Al terminar, el 6 de Junio, emitieron los doce los primeros votos perpetuos del Instituto.



Fórmula de votos de Juan Bautista

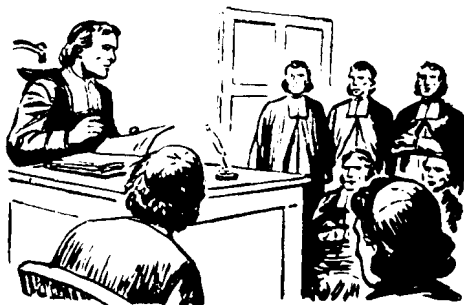
Intentó de nuevo que se eligiera de entre los presentes otro Superior par el Instituto, pero por dos veces los Hermanos le designaron por unanimidad en votación secreta. Antes de marchar, les hizo firmar un escrito, en forma de acta, por el que se comprometían a no elegir *nunca un clérigo como superior* de las obras y de las comunidades. La opción por la laicidad del educador [54], se consolidó entre sus seguidores.

Acaso fue entonces cuando escribió su "*Memorial sobre los orígenes de la Sociedad*", {12}, a petición de los Hermanos reunidos, explicando a los nuevos llegados cómo habían surgido los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

1696. El 13 de Febrero hubo cambio de párroco en San Sulpicio, que no significó cambio de talante. La Barmondrière dejó por enfermedad la parroquia y le sucedió Joaquín Trotti de La Chétardie, que será un adversario persistente de Juan Bautista. Hacia marzo, Juan Bautista obtuvo autorización para editar "*Ejercicios de piedad de las Escuelas Cristianas*" {13}. Y en este año escribió la "*Guía de la formación de maestros jóvenes*" (14).

Hacia finales de año, publicó varios *Silabarios para las Escuelas*. {15} y siguió trabajando en la "*Guía de las Escuelas cristianas*" {10}. Por ello, siguió las conversaciones con los Hermanos, que pasaban toda la jornada con los escolares y sabían de qué se trataba. Ese *sentido dialogal y de cercanía* [6] será otro rasgo original de la pedagogía de La Salle.

1697. El 23 de Marzo, los Hermanos de Vaugirard recibieron autorización para tener capilla particular en la mansión. Juan Bautista pudo desde entonces celebrar la Eucaristía los días ordinarios en la propia casa. Los domingos y fiestas debían acudir a la parroquia, pero no como simples feligreses y mudos espectadores, sino como animadores, vigilantes y modelos para sus escolares.



Con Juan Bautista, la figura tradicional del maestro sacristán, al que para dar mayor relevancia se le permitía vestir una prenda, la sobrepelliz, que le convertía en un clérigo menor, es decir en un acólito, se transformó en otra cosa muy diferente. No es que él rompiera con las estructuras parroquiales, pues era sacerdote y sabía de qué iban las cosas del clero y el valor de lo litúrgico sobre lo simplemente devocional. Pero su mirada eclesial era de otra índole. Los clérigos y párrocos de entonces, entre los muchos con los que tuvo que tratar, no pudieron entonces entender esto y nunca le perdonaron su originalidad educadora. Bien caro se lo hicieron pagar a lo largo de su itinerario de fundador. Pero a él se deberá en la iglesia la posibilidad de *diferenciar escuela cristiana de escuela parroquial*, [55], educador de la fe y maestro sacristán.

El 2 de Octubre se inició la tercera escuela de Paris, en San Plácido (11), con dos aulas. En D Pronto se opusieron de nuevo los maestros de las escuelas menores y los calígrafos, que lograron que se cerrara durante tres meses, hasta que el párroco invocó sus derechos de establecimiento y volvió a abrirse.

La lucha continuó a base de pleitos y denuncias. Si los párrocos hubieran tenido más sentido de Iglesia, seguramente los calígrafos, maestrillos de la urbe, no hubieran provocado tantos sufrimientos. Pero tampoco la Historia debe pasarles facturas de su perspectiva, pues no a todos se les puede pedir que superen las costumbres de su tiempo. Eso está destinado para los Profetas y las almas grandes; y Juan Bautista de La Salle era un verdadero Profeta con un espíritu de gigante.

Fueron criterios originales, dinámicos, cautivadores

La educación supone esfuerzo, pero causa también alegrías.

Por eso el maestro precisa ante todo fe y fortaleza.

La esperanza es necesaria a quien trabaja para el mañana.

Y más que nada, un celo ardiente, que equivale al amor.

Se precisa mucha preparación espiritual para ser eficaz.

Pero la cultural define al bien educador..

Hay que saber crecer por dentro, para luego ofrecer por fuera.

Hay que tener ojos abiertos a la vida.

Pero hay que actuar con libertad y con responsabilidad.



Etapa CUARTA. Época de la creatividad



1698. Debieron dejar los Hermanos Vaugirard al ponerse la casa en venta y no contar los Hermanos con dinero para adquirirla. Juan Bautista alquiló entonces una casa, la llamada Casa Grande, no lejos del lugar anterior. El 18 de Abril se trasladó a ella el grupo de Novicios. Hacia Mayo, el Cardenal Noailles, Arzobispo de París, pidió a La Salle que acogiera y educara a un grupo de unos 40 jóvenes irlandeses, (11), hijos de los desterrados seguidores de Jacobo II, rey de Inglaterra expulsado de su reino. El mismo rey inglés con el Cardenal hizo, según parece, alguna visita a la casa en Mayo para interesarse por los jóvenes.

Se abrió en París la escuela San Plácido, en el arrabal de San Marcelo, (12) después de un encuentro con el Párroco Miguel Lebreton. También se abrió la segunda escuela de Laon (13). El año terminó con 14 aulas en las tres escuelas de la capital y con unos mil alumnos sólo en París. Por esas fechas se imprimió de nuevo el librito de las *“Instrucciones y oraciones para la Santa misa”* {8}

Como los Hermanos se multiplicaban y las escuelas también, comenzó

Juan Bautista a nombrar a algunos Hermanos para determinados cargos, tanto en la capital como en las relaciones con los otros lugares donde trabajan miembros del Instituto. Al Hno Tomás lo designó como ecónomo; al Hno. Juan Crisóstomo, como enfermero; al Hno. Antonio, como Secretario encargado de maestros jóvenes; al Hno Juan, como maestro de Novicios. Todo ello denotaba que *la pedagogía de la organización* [56] se comenzaba a aplicar sistemáticamente en todas las casas y que las múltiples relaciones institucionales iban cobrando cuerpo.

1999. Se reavivaron los pleitos de los maestros calígrafos y de las escuelas populares contra sus obras. Sin embargo ese año, en fecha imprecisa, inició una escuela nueva en San Marcelo (14) y otra en Fosos del Príncipe, también en otro barrio de la capital (18). En París, una persona particular muy celosa aportó una casa para que se iniciara una Escuela de Maestros. Con gusto la comenzó Juan Bautista, que nunca olvidaba esta actividad como su gran ilustración. Trajo a ella como director al Hno. Nicolás Vuyart, que era hábil y muy capaz para el gobierno de los

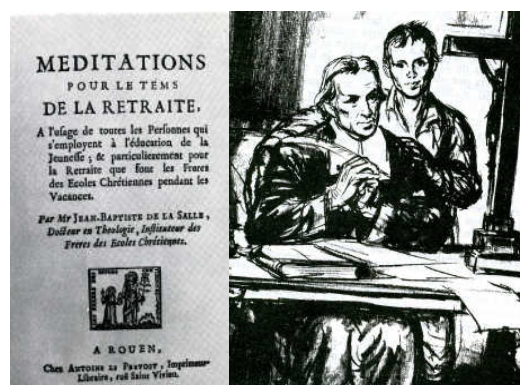
jóvenes. Antes se había iniciado un grupo de este tipo en la casa Grande, a la que se denominó San Hipólito (14). Pero propiamente fue el grupo de esa casa de San Hipólito quien configuró la auténtica Escuela de Magisterio

Además en Julio envió siete Hermanos hacia Chartres para satisfacer la petición del Obispo amigo y afecto, Godet de Marais, recientemente designado pastor de aquella Diócesis. Allí se organizaron de golpe dos prósperas escuelas (16) y (17). Para este prelado afectuoso que pedía que los Hermanos enseñaran a leer en latín según era costumbre de las demás escuelas, redactó el Fundador el “*Memorial sobre la lectura en francés* {16}. Estaba convencido Juan Bautista de que al pueblo hay que hablarle en su idioma y hay que dejar para la sacristía el latín, que, más por tradición que por las condiciones fonéticas del francés, era el lenguaje preferido para iniciar en la lectura. Daba la impresión de que, cuantas más dificultades surgían, más demandas de ayuda recibía Juan Bautista para iniciar nuevas escuelas. Dios estaba siempre detrás de sus contradicciones, pero también en el centro de sus muchas reflexiones pedagógicas.

1700. Comenzó el año ofreciendo otra obra original en París. El 19 de Abril inició con dos Hermanos muy preparados la escuela dominical denominada “Academia Cristiana” (19). Estaba destinada a jóvenes obreros que trabajaban durante la semana y querían, necesitaban o aceptaban, una mejora cultural que les abriera muchas otras puertas. Enseñaban en las horas de este día festivo dibujo, aritmética, contabilidad, economía, cuantas cosas pudieran servir a estos jóvenes iniciados ya en los trabajos de la vida. Durará esta hermosa iniciativa dos años, pues en 1702 se cerró por la claudicación de los dos Hermanos

que la llevaban. De momento, funcionó con admiración de todos, resaltando una *forma práctica y realista de enseñanza*. {57}

No olvidó Juan Bautista otras fundaciones que iban surgiendo. Acaso por las mismas fechas, se inició la escuela de Calais (20), para los hijos de los marineros. Y no sólo en ciudades cercanas, sino en países lejanos comenzaba ya a resonar la iniciativa escolar de Juan Bautista. Por Abril, recibió la primera invitación americana, del canadiense Francisco Charon. La idea de acudir a esta colonia francesa seguirá latente entre los Hermanos, aunque sólo después de la muerte del Fundador cuajará la presencia de los Hermanos más allá de los océanos.



El 11 de Agosto constituyó con su hermano Juan Luis, canónigo en Reims y otros dos sacerdotes, una sociedad de gestión para que fuera haciéndose propietaria legal de los bienes que los Hermanos iban adquiriendo, ya que ellos no tenían entidad jurídica, al carecer de Letras Patentes. Hasta entonces, todo estaba registrado a su nombre.

En este año parece que fue cuando escribió Juan Bautista la “*Regla del Hermano Director*” {17}. En las 14 páginas de ella sintetizó con habilidad los aspectos espirituales y los pedagógicos y tocó los puntos básicos de la convivencia en las comunidades. Abarcaba desde las consignas materiales, como la comida o el vestido,

hasta las culturales, como la dirección del trabajo escolar de los Hermanos, y las espirituales, como era el encuentro semanal con cada uno y la animación en la oración y en las virtudes propias del estado educador. La vida piadosa y apostólica de los Hermanos resultaban imán de nuevas vocaciones. Este año de 1700 llegaron a ingresar en la sociedad hasta 14 novicios.

1701. Se abre la nueva escuela de Reims en la calle Nueva (21). Y en París se cierra la “Escuela dominical”, debido a que los dos Hermanos que la llevaban abandonaron el Instituto. Juan Bautista pidió a otros Hermanos que siguieran con ella, pero nadie se atrevió a seguir este deseo. Los Hermanos a quienes se lo pidió le redactaron un documento escrito justificando sus razones. Juan Bautista lo comprendió y no forzó a los que había pedido el compromiso. Tenían miedo de que les pasara lo mismo que a los anteriores: que les entrara vanidad y se retiraran de la Comunidad. Su clausura irritó grandemente al párroco, quien culpó al mismo La Salle de incompetencia y de mentira, pues Juan Bautista le enseñó el escrito de los Hermanos. “*Es Vd un mentiroso*”, parece que le dijo el airado clérigo, sospechando que el escrito estaba dictado por él. Juan Bautista le replicó con humildad: “*Señor, con esta mentira voy ahora a comulgar*”.

También es probable que, durante el año, algunos Hermanos revisaron el manuscrito de la “*Guía de las Escuelas Cristianas*” {10}. Se introdujeron variaciones y mejoras. Pero ciertamente fue él mismo quien aportó los mejores capítulos e intuiciones. Suyos son, sin duda, el capítulo de los oficios, verdadero alarde *pedagogía activa* [58]; el plan de los castigos y el de los premios, verdadero germen de una Pedagogía correctiva [59]; la idea de *la promoción de los escolares por méritos y saberes* [60], que se solía hacer dentro del aula, subiendo de

órdenes y de bancos según se avanzaba, y al terminar cada año escolar, pasando de curso o de clase, o de nivel, al estamento siguiente. El sistema de *registros personales* y las hermosas *fichas que colocó en el libro como modelo a seguir* [61] constituyen una admirable señal de vanguardia y, sobre todo, de amor a los escolares.

Ningún otro autor en su tiempo fue capaz de discurrir cosas semejantes. Todo ello hizo de la pedagogía de las Escuelas cristianas algo cautivador, influyente, singular y eficaz. Cientos de Instituto y miles de educadores imitarían luego semejantes innovaciones a lo largo del siglo XVIII y XIX. Se superó el sistema mutuo, en el que unos escolares enseñaban a otros por el *sistema simultáneo flexible y activo progresivo*, en donde los escolares sentían el aliciente de subir de categoría, sin excesivas comparaciones con los demás y *mirando sólo a cumplir con el propio deber*. [62]

1702. Por Agosto surgió un incidente que afectó seriamente a los centros de París. El encargado de Novicios, el impulsivo Hno. Miguel, trató duramente a uno de sus jóvenes pupilos. Este se quejó al párroco y acaso a algún otro sulpiciano que no simpatizaba con Juan Bautista. Con el Director anterior había sucedido algo parecido y eso que se trataba del Hno Ponce, mucho más hábil y prudente. Es muy probable que estas quejas estuvieran provocadas por los mismos que las recibían, ya que pidieron a los quejicosos novicios que las pusieran por escrito. Trasladaron el incidente y el escrito al Arzobispo con mala intención, y de viva voz ellos aumentaron la materia de la acusación. Trataron ante el Arzobispo de inepto y obstinado a Juan Bautista y recomendaron su sustitución. Aunque los biógrafos traten de suavizar la animadversión de algunos sulpicianos con Juan Bautista, por ser sacer-

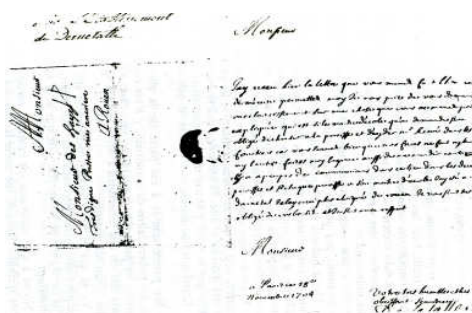
dotes dignos y de mérito, la mala fe de los azuzadores estuvo muy clara.

El problemático Arzobispo, que conocía las ideas de Juan Bautista respecto al Papa tan opuestas a las suyas, pues él era el promotor de la rebeldía contra Roma, envió un abate a inspeccionar la casa que, influenciado por los acusadores, culpó de la situación al fundador. Cuando este acudió para agradecer tanto interés por la comunidad y por la obra, el prelado de forma autoritaria destituyó a Juan Bautista como superior. Designó a otro clérigo para ser el superior de la comunidad de Hermanos. Evidentemente, la medida era injusta a todas luces. Y lo peor es que el Vicario episcopal encargado de la gestión, el Señor Pirot, actuó con tal arrogancia y falta de nobleza que originó un serio altercado con los Hermanos reunidos para la entronización del nuevo superior, un tal abate Bricot, que acaso por joven se prestó al juego de la sustitución.

La tensión llegó al plante, es decir a una verdadera huelga docente contra una autoridad que se sobrepasaba en sus atribuciones. Los Hermanos amenazaron con marcharse todos de las escuelas si aquella mascarada seguía adelante. De no haber sido por la buena marcha de las escuelas y el temor del párroco La Chetardie a quedarse sin aquellos 15 o 18 maestros que enseñaban ya a unos 1.200 escolares en ese momento, Paris se habría perdido para el Instituto de Juan Bautista. El conflicto se prolongó hasta el año siguiente. Hubo luego una componenda, también por la espalda, y las cosas siguieron como estaban. Sólo en apariencias, parecía que hubiera un superior externo, el pobre abate Bricot, que sólo una vez volvió a aparecer por la casa para un saludo fugaz de circunstancia.

El conflicto de su destitución por parte del Arzobispo, influido por los adversarios sulpicianos (La Chetardie y un tal Antonio Brenier, del Seminario), no pareció afectar a la marcha de las

aulas, aunque irritó a los Hermanos y les colocó en actitud vigilante para el porvenir. La Chetardie mantuvo en adelante una aversión incomprensible para con Juan Bautista. Todo lo que los Hermanos hacían le parecía bien. Pero todo lo que el humilde fundador sugería le parecía mal. Sin embargo, el conjunto de Hermanos manifestaron una valerosa actitud de defensa de su padre y animador. Lo dejaba muy claro el informe escrito de un sacerdote que había enviado a explorar sus sentimientos: *“Si todos los religiosos estuvieran tan unidos con sus superiores como los Hermanos con el Señor de La Salle, la Iglesia estaría mucho mejor y el mundo sería una bendición”*.



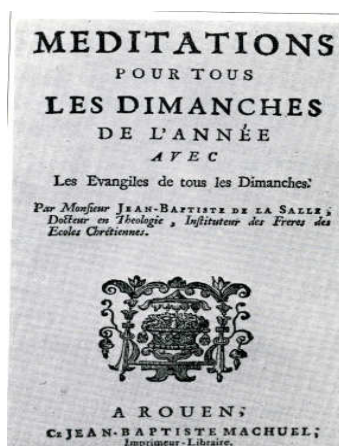
Carta autógrafa (la n.º 113), del 18 de noviembre de 1704. Se incluye el sobre con la dirección. Dimensión original 225x170 mm.

Una carta de Juan Bautista, la 113

Hacia Octubre fue cuando el Instituto saltó las fronteras de Francia para llegar a Roma y a Avignon. La partida para Roma de dos hermanos, Gabriel y Gerardo Drolin, fue un gesto hermoso que sorprendió a los Hermanos de las otras comunidades. Fue algo muy personal de Juan Bautista, que había preparado durante años. En Noviembre llegaron a Roma. Y, al poco tiempo, Gerardo se desanimó y regresó a Avignon, comenzado ya el año 1703. Pe Fundador y durante 26 años luchó para cumplir el fin para el que había ido a la capital de la cristiandad.

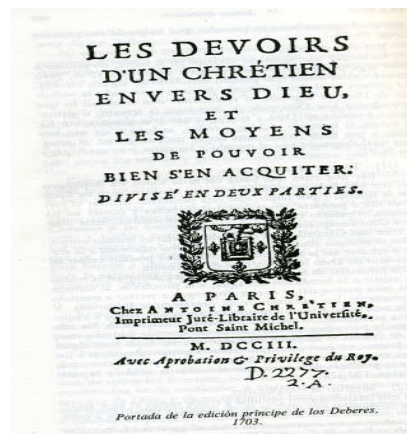
Las 20 cartas autógrafas que se conservan de Juan Bautista a Gabriel Drolin y que él llevó a Francia a su regreso, son un poema entrañable de humanidad, de pedagogía, de apertu-

ra y de verdadero espíritu eclesial [63]. Con este viaje, la pedagogía de las Escuelas Cristianas se hacía internacional y se abría a la Iglesia entera, como germen de ecumenismo y como conciencia de servicio católico. [64] Mientras el mensajero romano trabajaba por abrirse paso en la ciudad de los Papas, Juan Bautista mantenía su lucha cotidiana en medio de las dificultades de toda obra apostólica. El 4 de Diciembre se aprobó el libro “*Instrucciones y oraciones para la confesión y la comunión*” {18} y también se aprobó en París otra edición del libro “*Reglas de urbanidad y cortesía cristiana*” {7}



1703. Siguió con intensidad la actividad literaria de Juan Bautista a un ritmo acelerado. Presentó al censor Elías Du Pin, que por cierto era de los fuertes apelantes del momento, diversos libros: “*Cánticos espirituales para uso de las escuelas*” {19} y el conjunto de libros titulados los “*Deberes del cristiano*”, que, en sus diversas formas, fue el Catecismo de las Escuelas Cristianas. *Deberes del Cristiano en texto seguido* {20} y también “*Deberes del cristiano en preguntas y respuestas*” {21} La parte tercera se presentó en edición independiente con el título “*Del culto exterior y público*” {22}. De la obra hizo una edición muy abreviada para las escuelas: “*Compendio Mayor de los Deberes del Cristiano*” {23} y “*Compendio Menor de los Deberes del cristiano*” {24} Estos dos resúmenes: uno más largo, de 30 instrucciones, que se conoció como “*Gran epíto-*

me”, y el otro, más corto, de 17 instrucciones o temas, denominado “*Pequeño epítome*” tuvieron una gran difusión. En total fue la obra de Juan Bautista más difundida, pues hasta 304 ediciones se han conocido durante los siglos XVIII y XIX.



Después de tantos libros y ediciones, ¿quién no iba a conocer a Juan Bautista e iba a dejar de admirar su obra? No es extraño que tuviera tantos amigos y admiradores y que, a veces, su defensa de la Iglesia, del Papa, de Roma, concitaran la agresividad de los defensores de otras ópticas religiosas: los jansenistas y los galicanos. Porque el lema de esta actividad literaria estaba claro: *los escritos quedan e influyen en los lectores más que las palabras* [65]. Y son especialmente beneficiosos sin son conformes a la Iglesia, si guardan con *fidelidad la ortodoxia*, [66] la cuál sólo es autentica si se *apoya en la auto-ridad*. [67]

Diversos centros docentes nuevos ocuparon la atención del Fundador en este año. Tales fueron la escuela de Avignon (22), la escuela de Troyes (23) y, en París, la escuela de la calle Charonne (24). A esa calle, a cuatro kilómetros de la calle Princesa ro Gabriel se mantuvo fiel al designio del y lejos de San Sulpicio, marchó el 20 de Agosto de 1703 a vivir Juan Bautista, sobre todo para mantenerse algo alejado de una parroquia que se le mostraba tan adversa. Esa casa pertene-

cía a otra parroquia del arrabal de San Antonio. Era pequeña y con menos facilidades, pero, de momento, Juan Bautista la convirtió con su ingenio en otro centro de educación. Los pocos Novicios que en ese momento había, marcharon con él. Allí podían formarse mejor y, sobre todo, quedaban lejos de la influencia nefasta de los adversarios anteriores.

En la casa de la calle Charonne, reanudó la suprimida escuela dominical de Paris con gran regocijo de los muchos jóvenes que comenzaron a acudir. Pronto llegaron a unos 200. Cosa interesante; en la puerta de la casa puso un rótulo que decía "Hermanos de las Escuelas cristianas". También

abrió por su cuenta una pequeña escuela gratuita.

Todos esos datos iban diciendo a gritos que, a pesar de que el Fundador de las Escuelas Cristianas encontraba tantas dificultades con el clero de las parroquias, incapaz de mirar por encima de las paredes de su templo material, Dios estaba escribiendo derecho con renglones torcido.

El Instituto se iba abriendo al mundo, como indicaba la Escuela de Avignon, que ya no estaba en los dominios del Rey sol, sino en el territorio del Pontífice de todos los cristianos.

Juan Bautista de la Salle perfila una pedagogía eclesial

La Iglesia universal, y no la parroquia local, se alza como su ideal.

Busca una adaptación a las personas y a cada lugar concreto.

Exige que los ideales pedagógicos superen los intereses inmediatos.

Reconoce que educar no es sólo someterse a las prácticas rutinarias.

Es abrirse a los valores del Evangelio.

La educación es siempre lucha. Exige energía.

Las dificultades y persecuciones son el signo de Dios.

Hay que mantenerse en vanguardia si se quiere servir bien.

El método simultáneo o grupal es el mejor camino docente.



Etapa QUINTA. La lucha por la libertad.



1704. El hecho de haberse marchado a vivir lejos de San Sulpicio no paró las persecuciones. Los adversarios siguieron buscándole con increíble tenacidad. Los más envidiosos fueron los maestros promotores de los pleitos. El éxito de la escuela dominical les enardeció de nuevo en la lucha y en las denuncias ante los tribunales, bajo la acusación de “poner escuela sin permiso y enseñar sin ser del gremio”. Llegaron a embargar, por orden de su síndico representante, Luis Lambert, los muebles que Juan Bautista había colocado en una zona de la casa para acoger a los escolares.

Hasta le requisaron el rótulo que había colocado en la puerta. Fue el 7 de Febrero de 1704. El 14 del mismo mes el chantre daba la razón a los querellantes con una sentencia condenatoria. Los triunfadores se sintieron fortalecidos. Y el 22 era el Chateilier o tribunal del Parlamento, es decir la Corte de justicia, el que prohibía al Sr. De La Salle, *“presunto superior de los llamados Hermanos de las Escuelas Cristianas”*, enseñar a los escolares que pudieran pagar a los maestros, como los ejemplos que a continuación señalaba el fallo: el hijo

de un casero, de un vinatero, de un tendero, de un carretero, de un cirujano y, así, hasta diez modelos. Le imponía una multa de 50 libras.

Después de pasar las primeras arremetidas, Juan Bautista interpuso una apelación ante el Parlamento, el 19 de Marzo, y otra, el 4 de Mayo, ante el Chantre. En respuesta a la reclamación, se le daba una demora en la sentencia de dos años por parte del presidente del Chatelet, Sr. D’Argenson. Sin embargo el Parlamento rechazó su reclamación.

Con todo, nada cambió en todas las escuelas de París, que siguieron admitiendo a los escolares que llegaban sin preguntarles sobre sus posibilidades de pago. No se alteró ninguna actividad de los Hermanos. Lo que sí se cerró fue el Seminario de maestros de París que funcionaba en la parroquia de San Marcelo. Y esto llevó aparejado un gran disgusto para Juan Bautista. Pero una vez más entendió *“que la obras de Dios tienen que nacer y sobrevivir con el signo de la cruz”* [68]

La causa estuvo en que, ante esos pleitos, los párrocos del barrio de San Marcelo actuaron como defensores

de las escuelas. Por eso, quedó claro que las escuelas de caridad eran de ellos y la ley les autorizaba a mantenerlas, como escuelas de caridad, de forma autónoma. Podían elegir los maestros y concertar su gobierno con quien quisieran. Evidentemente, por este camino y con actitud firme, los ataques de los calígrafos se pararon. Los párrocos de S. Hipólito y de San Martín salvaron sus escuelas y continuaron su labor. Las de San Sulpicio, ante la postura de La Chetardie, no corrieron la misma suerte. Alguna, como la abierta en la calle Fosos del Príncipe, se cerró y no volvió a abrirse.

Pero los dos Hermanos que llevaban la Escuela de Maestros de San Marcelo, Hno. Gervasio y Hno. Nicolás Vuyart, en medio de esta lucha fatigosa pensaron en independizarse de Juan Bautista, acaso para salvar más fácilmente la escuela que ellos gobernaban, así como el Seminario de Maestros, que el Hno. Nicolás dirigía ciertamente con eficacia. El tal Seminario no entraba en las reclamaciones de los maestros adversarios, por lo que no es fácilmente explicable ni justificarse la actitud de separación de sus protagonistas. Para complicar más la cosa y dar alas al Hno. Nicolás, ya para entonces con el virus de la vanidad por su cargo y su buen hacer, el párroco Miguel Lebreton, fundador del Seminario, había dejado una herencia a su nombre personal, con el fin de sostener la obra que era en verdad hermosa.

Esa posesión personal le envalentonó al Hermano. Juan Bautista no vio noble el camino que querían seguir y trató de hacer ver a Vuyart que, si se habían asociado para llevar las escuelas, también lo estaban también para defenderlas y sostenerlas, pues no era la suya la única en peligro, sino todas las demás. No escuchó el discípulo la prudente advertencia del maestro y determinó marcharse de la comunidad y actuar de forma libre. Fue una herida muy sensible para el

piadoso y honesto fundador el ver cómo el Hno Nicolás Vuyart, en quien tanto había confiado y con el que había hecho el voto heroico al comienzo de la aventura de las escuelas, se apartaba del Instituto. Juan Bautista se lo comunicaba con un deje de tristeza al Hno Gabriel a Roma: *“Bien sé que ni por asomo haré Vd. nunca lo que ha hecho el Hno. Nicolás. Por eso yo siempre he confiando mucho en V d...”*

La escuela se mantuvo, al ser de la parroquia y quedar defendida por el mismo párroco. Pero el Seminario de Maestros se arruinó. Los párrocos que mandaban los jóvenes al centro y pagaban sus pensiones dejaron de hacerlo. El Hermano Vuyart, al cabo de un tiempo, arrepentido o desengañado, quiso volver a la comunidad, pero los Hermanos pidieron al Fundador que no lo readmitiera y La Salle les hizo caso.

Por Diciembre, ante tanta molestia y condena, dejó la casa de la calle Charonne. Envío a los tres o cuatro Novicios que quedaban a la Calle Princesa, con el Hno Bartolomé. Y él marchó a vivir con tres sacerdotes a la calle de S. Honorato, por ver si, alejándose de los Hermanos y escondiéndose un poco, dejaban de recaer tantas persecuciones y pleitos sobre los pobres docentes, que no hacía otra cosa que instruir bien a los niños de las escuelas.

Le llegó el consuelo de otra escuela que se le pedía desde París, la ciudad de sus enemigos. Fue la escuela de S. Roque, en la Parroquia de ese nombre. (25) El Párroco quiso hacer valer su autoridad y despreció pleitos y prohibiciones y la escuela comenzó a funcionar. Es lo que tenía que haber hecho La Chetardie para proteger a los casi 1.500 escolares que en su parroquia de San Sulpicio tenían los Hermanos y lo que no quiso o no supo hacer. Y, por si fuera poco, negó la atención a los Hermanos, al no pagarles la pens de ser el culpable de todo.

Con pena escribía por esos días el fundador al Hno Gabriel a Roma. *“Al presente no puedo mandar nada [de dinero]. Somos muy pobres aquí, pues el señor párroco de San Sulpicio no nos pasa sino poquísima cosa”*. Juan Bautista tuvo que defenderse como pudo, para que los Hermanos tuvieran su alimento y sus necesidades quedaran satisfechas. Pero todos comprendieron que la necesidad era grande y que la situación era delicada.

Parece que fue este año cuando, ante tanto ataque personal y pleito perdido, de nuevo pensó en dimitir de su cargo de Superior. Se lo expuso directa, o acaso indirectamente, al cardenal Noailles. El prelado se opuso a la medida y le exigió la permanencia en la dirección de la obra de las escuelas. Resultaba que el autoritario Arzobispo de París, que le había destituido unos años antes, ahora le exigía mantenerse en su difícil cometido de luchar por la libertad de enseñanza [25]. Como tantas veces, le ofrecía palabras y órdenes, pero no hacía valer su autoridad, que era grande, para proteger una obra tan importante como la que estaba naciendo en su Diócesis.

Existe un testimonio curioso de un fraile agustino de París, Fray Leonardo de Santa Catalina, que, en un cuaderno que escribía y que, por casualidad, se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca nacional de París, ponía en sus notas: *“A finales de julio de 1704 los calígrafos se han quejado ante el Sr. D’Argensol, teniente de la policía, contra los establecimientos del Sr. De La Salle. Y han conseguido una sentencia contra él. Dos maestros han comparecido, pero el Sr. De La Salle no. Ha sido condenado a 100 libras de multa, pero no ha pagado. Ha dejado vender en almoneda los bancos de sus escuelas. Y luego, pasados unos días, ha vuelto a empezar de nuevo. Tendrá para dos años. Dicen que es su conducta ordinaria”*.

1705. En medio de los ajetreos y maledicencias, siguió dirigiendo con amor y con minuciosidad las escuelas alejadas de París, que recibían menos ataques de los maestros adversarios y era donde más podía él actuar sin irritar a los maestros y a sus adversarios clérigos. Editó en este tiempo la *Colección de cánticos espirituales para el catecismo* {11} y una nueva edición de los *“Deberes del cristiano”* {20}.

En abril, viajó a Ruán para hablar con el Obispo del lugar, Juan Bautista Colbert, que quería establecer un hermoso plan de escuelas en su ciudad. Juan Bautista vio los cielos abiertos, pues, si se le cerraban las puertas de París, se le abrían otros senderos más tranquilos. Ruán, la capital de la Normandía, llegará en breve a tener cuatro Escuelas de los Hermanos. Fue el año también de la apertura de la escuela de Darnetal (26), villa cercana a Ruán, que sería precisamente la puerta de entrada en la urbe.



Junto a la Catedral de Ruan se hizo la luz

En Ruan, acaso como consecuencia del bloqueo de los pleitos de París, surgieron las cuatro escuelas: la del Asilo (27), para comenzar; y, luego, al regularizarse la situación ión que les debía, acusando a Juan Bautista de los Hermanos, las de cuatro parroquias o lugares: la de San Maclu (28), la de San Godardo (29), la de San Viviano (30) y la de San Eloy (31). Ruán había sido la cuna de muchas obras de caridad y había escuelas parroquiales. Se hallaba predispuesta la

ciudad para ser cuna de un segundo nacimiento de la obra de Juan Bautista.

El gran consuelo, intuitivo y creativo, fue la obra de San Yon, que también entonces se inició. Juan Bautista sospechó que Ruán iba a ser un lugar de afianzamiento para la obra. Acaso el espíritu de Nyel latía en los cielos de esta noble villa de unos 15.000 habitantes. Trató de buscar una casa o una propiedad reconfortante. Fue por Junio cuando comenzó la gran hazaña para la naciente institución. El 7 de julio, firmó el alquiler de una finca con casa. Para ello, Juan Bautista acudió a París, donde vivía la propietaria, y arregló con ella los alquileres. La finca tenía 7 hectáreas y varios cuerpos de edificio, además de amplia huerta. La marquesa de Louvois, Ana De Souvré, se puso en muy buen plan y, por un alquiler benévolo, los Hermanos tuvieron un hogar que pronto sería definitivo.

La Salle pronto se instaló en la casa, probablemente en Agosto o Septiembre, y en poco tiempo se convirtió en el centro de acciones y de viajes. Los seis o siete Novicios de París, con el Hno. Bartolomé, marcharon a esta casa. En Septiembre, ya hubo en la casa una reunión de la mayor parte de los Hermanos que componían el Instituto, que por entonces se acercaba ya a los 60 o 65. El mismo primer año de vida en San Yon, se inició la escuela elemental (32); luego, se abrió, en Octubre, el Internado, en el mismo lugar (33). Después vendrían otras obras hermosas.

La vida en San Yon se transformó en un resurgir del Instituto. El rosario de escuelas se siguió incrementando: la escuela de Dijon (34), la de Brest (35), la de Roma (36), que Drolin le comunicó con alegría. Además, la de Calais, llamada del Cour Gain (37), completó un año difícil, con fundaciones hermosas, a pesar de las múltiples persecuciones, pleitos, condenas e

incomprensiones que surgían a cada paso en la capital.

1706. El Instituto siguió creciendo con nuevas fundaciones. En el sur las cosas también iban bien. Avanzaban las negociaciones para que los Hermanos se establecieran en Marsella. (38). El Obispo autorizó que se transfiriera una escuela al naciente Instituto y el 6 de Mayo dos Hermanos se hicieron cargo ella.

Aparentemente, los tiempos se volvían más tranquilos en casi todos los lugares, menos en París, donde los ánimos seguían exaltados y la actitud del Párroco de San Sulpicio se mantenía bloqueada por la antipatía, aunque acaso haya que añadir por la enfermedad, que ya entonces le minaba y en breve tiempo lo consumiría. Las cosas se pusieron tan desagradables que los mismos Hermanos pidieron a Juan Bautista salir de la Parroquia. El no tuvo más remedio que consentir y, en el verano, al darse las vacaciones y sin previo aviso, se marcharon todos los maestros. Sólo uno se quedó en la calle Princesa para cuidar la vivienda cuyo alquiler pagaban los Hermanos. Es seguro que por cortesía se despidieran, al menos el Director, del Párroco, el cual quedó desconcertado con la medida.

El desconcierto se convirtió en temor cuando la noticia de la retirada de los Hermanos se divulgó. Los padres de los escolares y muchos piadosos cristianos de la feligresía se enfrentaron con múltiples quejas a la actitud indiferente del dirigente de la Parroquia para con los educadores de los 1.000 niños de las escuelas de la Parroquia. El Párroco La Chetardie, mal a gusto, tuvo que suplicar, por carta, al fundador la vuelta de los maestros. Fue el momento de poner las condiciones. Y fue sólo una: que los Hermanos pudieran ejercer la enseñanza sin pleitos y protegidos por la autoridad del párroco. Se llegó a este difuso acuerdo y los Hermanos regresaron. En Octubre las clases se reanu-

daron. Fueron sólo 10 de las 13 que antes había.

Este año aparecieron las "*Instrucciones y oraciones para confesarse bien*" {25} y en San Yon se inició otra obra educativa original: El Reformatorio para jóvenes díscolos (39), a quienes la autoridad había sancionado por delitos o sus padres querían recluir como medida correctora. Lo que sabemos de esta obra es que los reclusos tenían su plan especial de vida, pero no eran segregados. Juan Bautista diseñó una admirable "*pedagogía de la integración*" [27], tres siglos antes de que se pusiera de moda en los sistemas de educación terapéutica.

1707. Por Febrero Juan Bautista sufrió una dolorosa caída y se lastimó seriamente con una espiga de hierro. Algunos viandantes le ayudaron a llegar a la casa y tuvo que guardar cama durante seis semanas. Tal vez fue entonces cuando preparó la edición del "*Oficio de la Virgen Santísima*" {26} También durante el año siguieron otras fundaciones, como la de Valréas (40), la de Mende (41) y, en octubre, la de Alès (42). Fue el año en que el joven Abate Juan Carlos Clement le visitó persistentemente desde Febrero con miras a la fundación de otro Seminario de Maestros, idea que le entusiasmaba intempestivamente y quiso transmitir a Juan Bautista. Este intuyó que tanta persistencia no respondía a un plan equilibrado y se resistió a la idea dando largas. De hecho, hasta el siguiente año, en Marzo de 1708, no se perfiló la fundación con la compra a cuenta (de Juan Bautista) de una casa en las cercanías de París, en Villers de Brie. Clement no la aceptó y siguieron las negociaciones.

1708. Las fundaciones continuaron dando vida a la obra. Hacia abril, se inició la escuela de Grenoble (43), a la que siguió la de Saint Denis, de París (44), que se abrió el 1 de Julio. En el mismo Saint Denis se iniciará al año

siguiente el Seminario de Maestros (45) promovido por el abate Clement.

Algunos incidentes de un Hermano con los escolares le crearon problemas con el párroco. Juan Bautista tuvo que aprender por experiencia que los *errores de un educador pueden pagarlos todos* del grupo [26] que con él colabora. En Abril debió dejar la casa de San Roque, en la calle de San Honorato. El Párroco ya no quiso que otro maestro reemplazara al indeseado y la escuela quedó en manos de un clérigo, pues los Hermanos limpiamente fueron despedidos.

También en Ruan surgieron conflictos con el Párroco de San Nicolás, quien llegó a escribir una carta insultante a Juan Bautista. Los Hermanos llevaban a los escolares a varias parroquias, según su origen. El Párroco pretendía que todos fueran a la suya. Los Hermanos tuvieron que cambiar de casa y alquilieron otra para poder quedar libres y actuar según sus mejores conveniencias. La flexibilidad puede ser ventajosa, pero en ocasiones, ante lo importante, la flexibilidad puede ser debilidad. Tal era el caso del Párroco afectado por la tensión. Pero la tensión se mantuvo hasta la misma hora de la muerte de Juan Bautista por cuenta del intransigente párroco, al cual se juntó luego el de San Severo, la parroquia a la que pertenecía San Yon

El 1 de Julio se abrió la escuela de San Dionisio, en París. En Octubre comenzó a funcionar la escuela de Grenoble.

1709. Se inició un bienio duro para Francia. El hambre, la carestía, la delincuencia, la desesperación, se adueñaron de la población. Hubo gran mortandad en las clases más pobres en este año y en el siguiente. Las dificultades en San Yon y la complejidad que fue tomando la casa le movieron a llevar provisionalmente a los Novicios a la Calle Princesa, en

París. El viaje lo hicieron por la primavera. Al mismo tiempo él se trasladó a París, donde residió en adelante por un tiempo.

Nombró “visitador” al Hno José, para que se mantuviera vigilante en las casas del Norte y animara a los Hermanos con sus visitas. En la “obediencia”, escrito que le dio para que se acreditara cuando fuera necesario, aparecía el sello del Instituto por primera vez. En Avignon, nombró, probablemente para el mismo cometido y de la misma forma, al Hno. Ponce, que era el director de la escuela de la ciudad pontificia. Aunque él residía en París, hacía repetidas visitas a Reims y a San Yon para seguir mejor la evolución y las actividades de las casas del norte.

La escuela de San Dionisio se trasladó de casa. Y en la nueva comenzó a funcionar el Seminario de Maestros promovido por el Abate Clement. (45) La casa se compró y se puso a nombre del Sr. Rogier. Se pagó con dinero que logró Juan Bautista, ya que La Salle tenía prohibido por sentencia obtenida por los calígrafos “poner escuela en París”.

Este año se abrió la Escuela de Mâcon (46). También se logró una de sus ilusiones, pues el Hno Gabriel le comunicó en Octubre que ya tenía una escuela papal en Roma (47) con 60 escolares y con las armas de pontífice sobre la puerta. “*Es todo lo que yo pretendía*”, le respondió el Fundador. Al terminar el año se inició la escuela de Moulins (48), otra alegría y consuelo para Juan Bautista.

1710. Se fecha en este año el “*Manuscrito 103*”, documento que recoge un “*Plan para la formación de los maestros rurales*” {27} y que, con toda seguridad, es de Juan Bautista, al menos en sus líneas esenciales, aunque la copia conservada no sea materialmente de su letra. Refleja toda una *pedagogía de la adaptación*

al entorno [69] que bien merecería el nombre de “*pedagogía ecológica*”. Acaso fue un documento que se preparó para justificar la existencia del Seminario de Maestros de Clement.

Se iniciaron en este año las escuelas de Versailles (49). Fueron dos, pues en la primera se desbordaron los escolares; la segunda se abrió ya en 1711 (50). Estaban sostenidas por la corona. Surgió también la de Boulogne (51). Con esta última, llegaron al medio centenar las que logró poner en funcionamiento a lo largo de estos años, es decir desde 1682, 28 años antes.

Las vocaciones se incrementaron. En el año 1710 entraron 11 novicios. En el trienio de 1709 a 1711 fueron 24 los ingresados. De ellos perseveraron 16. Era un símbolo de la consistencia que iba cobrando el Instituto.

1711. El 23 de Marzo falleció su hermana María. También en este mes publicó la primera edición impresa de la “*Colección de varios trataditos*” {6}. En la edición impresa añadió un Directorio o guía de cuestiones para dar cuenta al Superior del Instituto, sobre todo, por medio de la correspondencia mensual que mantenía con todos y cada uno de los Hermanos.

Las obras del sur habían crecido también y eran ya varias. El 2 de Febrero salió de viaje con la intención de revisarlas y fortalecerlas. El 23 de Marzo estaba en Grenoble. Pasó la Semana Santa en Avignon y, en Mayo, pasó por Alès y Mende y probablemente por Uzès, para tratar con el Obispo la petición de abrir un centro en la zona calvinista y peligrosa de “Los Vans”. En Julio regresó a Avignon y el mes de Agosto lo pasó en Marsella, la comunidad más lejana de París y más cercana a Roma. Advirtió que el idioma provenzal exigía que hubiera maestros que

dominaran ese idioma, aunque estaba prohibido hablarlo por orden real y, teóricamente, no debía ser usado en las escuelas. Con todo, era el idioma popular. La *adaptación a las personas* {70} está por encima de los deseos de los soberanos.

Pensó en abrir un Noviciado para tener Hermanos y maestros de la región.

En el mes de Septiembre se inició la escuela de Los Vans (52), que desde hacía meses se estaba preparando. A fines este mes, regresó a París. En Octubre estaba ya en la capital. Se encontró con el cambio radical de actitud del abate Juan Carlos Clement y con su negativa a seguir con la obra que él mismo había iniciado y en la que se había comprometido con varios documentos. Los intentos por arreglar con él y con la familia amistosamente las discrepancias no tuvieron respuesta y quedó clara su intención de formar un pleito que le desacreditara y de demandar una indemnización por *“haberse aprovechado de la ingenuidad de un menor”*.

En Diciembre se clausuró la escuela de Mâçon, por oposición de las autoridades, que acusaron a los dos Hermanos de no tener licencia para ejercer la docencia. Había durado la escuela dos años sólo.

1712. El año comenzó dominado por el pleito Clement, interpuesto por el padre, Julián, en nombre del hijo menor Juan Carlos. La Salle redactó en Enero un documento en el que explicaba los hechos y reclamaba avenencia que no fuera por vía de los tribunales. Adjuntó las 13 cartas que el abate había escrito y algunos documentos por él firmados y los puso en manos de Rogier. El 23 de Enero fue citado por el Tribunal del Parlamento, pero no se presentó, pues la condena estaba decidida de antemano. El 18 de Febrero, Juan Bautista comprendió que las intenciones eran provo-

car su desprestigio y no obtener compensaciones. El dolor mayor le vino por otro camino. Iniciado el pleito, el colaborador y amigo Luis Rogier, en quien había depositado todos los documentos que él conservaba, de manera inesperada e inexplicable se apartó de la defensa y se le declaró contrario.

Un pleito más de los muchos que le habían surgido en la vida, por desagradable que fuera, no le hubiera preocupado, incluida la traición de Rogier. Pero comprendió que había algo más. Los adversarios de la Parroquia y de San Sulpicio harían lo posible, aprovechando el pleito, para desacreditarle y de nuevo destituirle, ya que el intento anterior había fallado. Pensó que, aunque los sulpicianos quisieran hacerse el gobierno de los Hermanos, lo mejor, para salvar las escuelas y que los Hermanos no quedaran salpicados por el pleito, era quitarse de en medio. Decidió entonces marchar de París. ¿Hacia dónde? Reims quedaba cerca y podrían llegar allá los inconvenientes. Juzgó prudente marchar de nuevo hacia el sur.

Las declaraciones en su contra por el pleito se incrementaron, pues Rogier complicó las cosas al demandarle en otro pleito paralelo. En vez de presentar la documentación que le había entregado Juan Bautista, reclamó la propiedad de la casa en que funcionaba el Seminario. Se duda si lo hizo para salvar la propiedad o por avaricia. Juan Bautista decidió dejar las escuelas y los Hermanos en manos de la Providencia y, más por evitar el perjuicio a las obras que por huir del pleito, decidió alejarse de París por ver si se amansaban las aguas turbulentas de los adversarios.

Hacia Marzo estaba otra vez en Avignon y pasó un tiempo en la comunidad. Ante la enfermedad del Hermano más joven, se encargó él mismo de dar clase en su aula. En esta actividad estuvo al menos un mes o mes y medio, con admiración

de los que le veían entregarse a la cotidiana labor docente.

El 31 de Mayo se pronunció el tribunal que lo condenó definitivamente en París. Se le reclamó la devolución de 5.200 libras pagadas por la casa, la restitución de 871 más 1.530 libras, que se decía habían sido puestas por Clement. Se le condenó, como culpable, al pago de las costas del juicio. Se terminó, pues, el juicio con su total condena. Juan Bautista ya lo esperaba después de la traición de Rogier.

El Seminario de Maestros se cerró en Junio. Se ignora si pagó o quién pagó la indemnización pedida, que ascendía a 7.600 libras. Acaso fue declarado ausente e insolvente y sólo quedó desprestigiado por haberse aprovechado de las rentas de un menor para sus fines. Al fin y al cabo, era lo que pretendían sus adversarios, salvo Rogier, que consiguió quedarse con la casa en que había funcionado el Seminario de Maestros.



Marsella, mediterránea

Mientras en París se pretendía hundir su obra, en Marsella todo era halagos para el sacerdote que acababa de llegar y abría escuelas de manera desinteresada. Algo le decía que eso no era buena señal, pues no había obstáculos. Pronto le llovieron los apoyos y las ayudas para el Noviciado que proyectaba y en

Agosto se abrió tan hermosa obra que daría Hermanos para la región. Trajo al Hno. Timoteo de Mende como director del mismo.

Al comienzo, todo el clero le dio facilidades y le proporcionó jóvenes para ser maestros. Pronto tuvo un grupo de seis y luego nueve novicios. El 15 de Agosto hizo una peregrinación con todos ellos al Santuario de Ntra. Sra. de la Guardia. Desde Marsella estuvo de nuevo dispuesto a ir a Roma, pero hubo de renunciar por indicación del Obispo, que quería tratar con él de otras escuelas y le abordó estando ya en el puerto a punto de embarcar.

1713. Al ir descubriendo algunos miembros del clero marsellés su fidelidad a Roma y al Papa, así como su postura antijansenista en el asunto de la bula Unigenitus, las cosas fueron cambiando. Las ayudas se convirtieron en tropiezos. Se le cerraron las puertas y se declararon opuestos. Aprovecharon el descontento de alguno de los Hermanos de la comunidad, disconforme con que dedicara el dinero de la escuela para sostener el Noviciado. Llegó tal queja a los fundadores. Acaso sea retórica de los biógrafos la indicación de que hasta un Hermano le dijo que *“parecía que había venido a Marsella más para destruir que para construir”* y que Juan Bautista sólo le respondió con el silencio.

Que un Hermano le dijera una insolencia tampoco le preocupó mucho. Era suficientemente humilde y sufrido para saber olvidar y perdonar. Lo peor es que en los ambientes clericales de la ciudad, donde abundaban los apelantes, se comenzó una campaña contra él. Hasta llegó a salir un panfleto que le calumniaba y se hacía eco de su desprestigio en París. Juan Bautista entendió que era preferible desaparecer de Marsella y se retiró al santuario de la Santa Baume, a 40 kms de la ciudad. Luego se albergó

en la hospedería de San Maximino, que los dominicos regentaban. Se quedó allí hasta fines Mayo, dedicado a la oración y a la reflexión. Sus preguntas debían ser: “¿Construyo o destruyo cuando voy por un sitio? ¿Soy yo incompetente o es el demonio el que está saliendo triunfante y debo seguir luchando? ¿Qué quiere Dios de mí?”

A este lugar fue a buscarle el Hno. Timoteo con la voz llorosa al cabo de unas semanas: el Noviciado de Marsella se había cerrado por las tensiones e influencias externas y los pocos novicios que había se habían retirado. La misma escuela corría peligro serio de supresión. Juan Bautista tranquilizó como pudo al mensajero. Sobre todo, le transmitió esa confianza en la Providencia que siempre fue rasgo típico de su vida. La frase “*Bendito sea Dios*” serenó al pobre Hermano. La aprendió para toda su vida, tal como la pronunció Juan Bautista, y, cuando, luego, fue Superior del Instituto, de 1720 a 1751, la recordó con frecuencia y con admiración. Con el Hermano regresó a Marsella y pronto salió para Grenoble. Allí le esperaban también malas noticias.

En París se había desecho también el Noviciado por completo. El Superior clérigo, abate Brou, prohibía recibir novicios, a no ser uno o dos sólo para cubrir bajas en París. El resto de las casas no le interesaban y hacía alarde de ello. Él lo miraba como cuna de maestros trabajadores para la parroquia, no como noviciado de religiosos abierto a todo el mundo.

Los adversarios seguían empeñados en fragmentar el Instituto y que los Hermanos formaran grupos independientes de maestros parroquiales. Todo lo contrario de lo que había querido hacer y había hecho Juan Bautista: una comunidad supraparroquial y supradiocesana *al servicio de la Iglesia universal* [71].

Ellos seguían encerrados en su ruín mirada de resolver la educación en sus pequeños agujeros. El verdadero fundador se mantenía abierto al mundo entero, pues tal era la voluntad divina. Tuvo la intuición de que la lucha iba a ser dura. Pero, por encima de ellos y de él, estaba ¡la Providencia! Y con Dios Providente, estaban los Hermanos de París, que se *resistían por conciencia de cuerpo* [72] y por su sentirse ya un Instituto de Iglesia, que eran las actitudes firmes que Juan Bautista les había infundido. No estaba él en París con ellos en la lucha. Pero estaba su espíritu.

Pasó un tiempo tranquilo y confiado en la Providencia entre Mende y Grenoble y rehizo allí el libro de “*Los deberes del cristiano para con Dios {20}*”, a fin de volver de nuevo a imprimirlo. Por Agosto, hizo un retiro en la Gran Cartuja, cercana a Grenoble, por invitación y en compañía del Hno. Director de la escuela que había en la ciudad. Nada de tentaciones de entrar en la Gran Cartuja, aunque lo diga Blain. Tenía la certeza de que Dios le había elegido para otra cosa. Envió al Hno Juan Jacquot a París, para que se informara de primera mano de lo que en realidad acontecía con los Hermanos de París. Mientras tanto él lo reemplazó en la clase al menos por casi dos meses. En Roma se conserva todavía hoy el sitio del aula en donde La Salle se dedicó a la vida escolar.

1714. Fue el año de la máxima tensión por la Bula Unigenitus. En el Sínodo de París, el 5 de Febrero, 40 Obispos aceptaron la Bula y 9, entre ellos el de París, la rechazaron. En los meses siguientes, 112 diócesis de las 126 existentes en Francia se declararon adictas a la Bula. La de Grenoble, donde se hallaba Juan Bautista en ese momento, tuvo la suerte de tener un Obispo, Allemand de Montmartin, que la aceptó, aunque luego tuvo luego la debilidad o la desgracia de hacerse apelante.

En esta Diócesis, la Bula Unigenitus Deus, publicada por Clemente XI el 8 de Septiembre del año anterior, se conoció y publicó oficialmente en Febrero. Juan Bautista, como Doctor en Teología, se sintió obligado a explicarla a los Hermanos y a escribir diversas cartas sobre ella. Fue éste un tema que Juan Bautista vivió con intensidad. En su misma familia tuvo el inmenso dolor de ver rebeldes: su querido y adicto hermano Juan Luis fue apelante; y dos sobrinos también lo fueron, entre ellos el que sería su biógrafo, el benedictino Elías Maillefer.

Estando en Grenoble, cayó enfermo a comienzo de este año. Un sacerdote amigo, el canónigo Ysé de Saleon, le invitó a reponerse en una casa cercana a un santuario de Parmenia, a 30 Kms. de la ciudad. Tuvo ocasión de visitarlo y establecer, durante unos días, encuentros espirituales con la santera del lugar, la llamada Sor Luisa.

Andando el tiempo, la silueta de este santuario de montaña, y debido a la estancia en él de Juan Bautista, se convirtió entre los Hermanos en un símbolo de oración, penitencia y reflexión. Porque también para educar se necesita ese espíritu. *La penitencia es el camino de la fortaleza*, [73] según tantas veces repetiría Juan Bautista a sus maestros.

En los comienzos de Abril, por Pascua, los Hermanos de París, vistas cómo iban las cosas y cómo se bloqueaba cualquier iniciativa del Hno Bartolomé, superior natural de todos ellos en ausencia de Juan Bautista, se cansaron de la situación, se reunieron y enviaron una carta firmada por todos, ordenando a Juan Bautista que, en virtud del voto de obediencia que tenía hecho a la sociedad, regresase y reasumiera el mando del Instituto. Las frases del mensaje de los Hermanos eran claras y tajantes:

“Consideramos que es de capital importancia que vuelva a tomar las riendas y el cuidado de esta obra de Dios, que lo es también suya...”

Estamos convencidos de que Dios le da las luces y gracias necesarias para gobernar esta nueva Compañía...

Es de justicia testificar ahora que Vd. la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación...

Le rogamos muy humildemente y le ordenamos en nombre y de parte del cuerpo de la sociedad, a la que Vd. ha prometido obediencia, que vuelva a asumir de inmediato el gobierno general de nuestra Sociedad”.

Las cuatro cosas eran claras. Decidió regresar y así lo comunicó por carta a los Hermanos de París. Pero, consciente de que, a su edad y con los achaques ya a flor de piel, era la última vez que atravesaba aquellas regiones, remitió aviso al Hno Bartolomé de que convenía visitar por última vez a los Hermanos de las comunidades del sur y que llegaría a París sin prisas. Hizo su última visita a Mende, Avignon y Marsella. Luego pasó por Los Vans, por Lyon y por Dijon, camino de Reims.

Por otra parte, una circunstancia sirvió de estímulo para que acelerara su llegada. El 29 de Junio falleció el párroco La Chetardie, su más o menos involuntario adversario. Dios, que parecía querer aliviarle el camino del regreso, le liberaba de un obstáculo.

Además, el otro sulpiciano vinculado a sus adversarios, el consejero Antonio Brenier, cayó por ese tiempo enfermo y quedó en situación de irreparable convalecencia; falleció también a los pocos días, el 25 de Agosto del mismo año. Juan Bautista podía llegar a París. De hecho lo hizo unos días antes del fallecimiento de este sulpiciano que, aunque tuviera fama de sacerdote piadoso y austero, de hecho parece que fue el mayor adversario de Juan Bautista en París.

En los primeros días de Agosto había llegado a Reims. De forma inmediata, el 8 de Agosto, se trasladó a París. El biógrafo Blain teatralizará luego un poco la llegada: “Ya estoy aquí. ¿Qué quieren Vds. de mí? La correspondencia asidua que había mantenido con el Hno. Bartolomé y determinadas acciones de gobierno realizadas a distancia indicaban bien a las claras que nunca se había desprendido del todo de los Hermanos de las comunidades de París. Su alejamiento había sido sólo una estrategia de libertad y no una huida en la batalla.

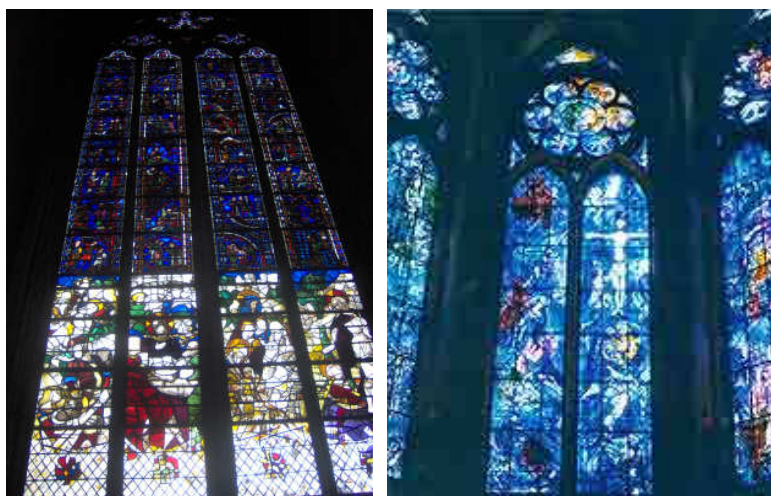
Con discreción intentó retomar el gobierno inmediato de los Hermanos, puesto que eran ellos los que se lo pedían, El superior eclesiástico nombrado para Paris por el Arzobispo, el abate Brou, resentido además por su fracaso en su intento de cambiar las Reglas del Instituto, maniobró para dejarle poca capacidad de dirección. Los Hermanos se le mantuvieron sumisos y dependientes al máximo y el Hno. Bartolomé sorteó hábilmente las insolencias del clérigo, que pretendió seguir actuando como verdadero superior

La pedagogía de la lucha en Juan Bautista

*Las dificultades refuerzan al educador, no le arrebatan la paz.
Es preciso someterse a la Iglesia como condición de vida apostólica.
Adaptarse a la lengua y a la cultura de cada lugar es vital.
Los tribunales humanos son diferentes de los divinos.
En la pedagogía de la integración es preferible al castigo de la separación.
Los errores de un educador puede pagarlos todo el grupo.
La flexibilidad es regla de acción en la educación, si es posible transigir.*



Etapa sexta. El ocaso y la recopilación



Vidrieras de las Catedrales de Ruan y Reims

1715. Juan Bautista se entregó a la mejora de sus obras. El 6 de Marzo un censor anónimo le negó en París la autorización para editar de nuevo los *“Deberes del Cristiano”* {20}, *“por contener errores y ser obra poco correcta”*. Con ello aludía a los textos de dependencia y respeto al Papa y a Roma. Preparó las *“Meditaciones para los domingos”* {29} y las *“Meditaciones para las fiestas”* {30}

Al mismo tiempo, siguió alentando a los Hermanos de las comunidades, incluso de las que quedaban lejos. En Septiembre, se abrió la escuela San Hugo, en Grenoble (54). Pero para él, tenía más importancia el cultivo de nuevas vocaciones, para poder mejorar el servicio de las Escuelas, y la formación de los Novicios a los que dedicó las últimas ráfagas de energía de su vida.

Por eso, en Octubre, el Hno. Bartolomé, con dos o tres novicios que quedaban, se trasladó a San Yon, a fin de salir de la esfera inhibidora y cicatera de San Sulpicio. Lo hizo en Noviembre, después de superar la negativa a que lo hiciera por parte del

superior eclesiástico de París, el Sr. Brou, que arrogantemente pretendió mandar sobre él. Se zanjaban así las interferencias del Sr. Brou en el gobierno general de los Hermanos, que ya se extendían por una docena de Diócesis. El grupo de Hermanos de París quedaba algo desprotegido, pero debidamente alertado y escarmentado para no dejarse desorientar de nuevo.

Antes de marchar, Juan Bautista se despidió con afecto del nuevo párroco de San Sulpicio, el abate Languet de Gergy; no lo hizo del Cardenal Noailles, en ese momento cabeza visible de la oposición a Roma a cuenta de la Bula Unigenitus. Desde su llegada a San Yon, alojado en una celda muy pobre de la casa, se entregó a terminar el libro de las *“Meditaciones para los Domingos y Fiestas”* {28 y29}. Desde el primer momento, tomó como Director espiritual el jesuita P. Frogés, que murió pronto, y luego al P. Baudin, también jesuita.

Por Diciembre, comenzó a funcionar en San Yon el Centro de reclusos (56),

obra a la que el Fundador se entregó con interés, pues intuyó que su Instituto estaría siempre abierto a todos los que deben encontrar en la educación el modo de redimirse de sus miserias, único medio de mejorar [74]

1716. En Marzo cayó enfermo, con sus cada vez más frecuentes ataques reumáticos y asmáticos. Durante unos diez meses, estuvo muy debilitado. Luego, se repuso algo. En una visita que por Mayo le hicieron dos sacerdotes amigos, les llegó a confesar que *“Si Dios me hubiera revelado los sufrimientos que yo iba a tener en la fundación de las escuelas no hubiera tenido valor ni par aplicar el dedo de la mano”*.

En Agosto, algo mejorado ya, realizó un breve viaje a las comunidades de Calais y de Borgoña, por indicación del Hno. Bartolomé, a fin de animar a los Hermanos, que pasaban dificultades con el Obispo, apelante declarado. También había problemas con los administradores de la escuela en la segunda casa de la localidad. Al pasar por Saint Omer, fue testigo, el 15 de Agosto, de cómo el Párroco no había ni siquiera aludido, en el sermón, a la fiesta mariana del día, la Asunción de María a los cielos. Se lo dijo muy dolorido al terminar la misa. El indevoto predicador prometió reparar su desatención con la Virgen María el domingo siguiente, como así lo hizo. En este viaje, se hizo consciente de que los *ambientes proletarios*, de los marineros o de los obreros, son los *ámbitos donde la instrucción se vuelve más redentora* [75].

El 28 de Noviembre, formuló un acuerdo escrito con sus hermanos Juan Luis y Pedro para pagar la pensión de su hermano menor, Juan Remigio, que necesitaba ser internado en un centro psiquiátrico, por la demencia de que estaba dando muestras. Fue un golpe muy duro para todos: su esposa y los hermanos. Juan Bautista le dejó en su testamento lo

poco que le quedaba o le pudiera venir de bienes patrimoniales, para que fuera debidamente atendido.

Hacia Diciembre persuadió a los Hermanos cercanos que estaba llegando la hora de nombrar un Superior del Instituto, dadas sus condiciones de salud. Lo transmitió a los Hermanos Directores de Ruán. Las tres comunidades (Darnetal, San Yon y Ruán), decidieron que era necesario hacer una Asamblea de todos los Hermanos importantes. Pensaron que era bueno enviar al Hno. Bartolomé a hacer una gira por todas las comunidades para recabar la aprobación a lo que se decidiera en la asamblea general que se debía realizar el año siguiente. De manera inmediata, el 6 de Diciembre, el Hno. Bartolomé comenzó su periplo que duraría hasta finales de Marzo del año siguiente.

1717. Cuando, el 16 de Mayo, se celebró el deseado encuentro de todos los delegados de cada casa, la salud del fundador era ya muy frágil. Una gran debilidad le sobrevenía por su reumatismo y sus múltiples problemas de desplazamiento. En principio acudió a la Asamblea el Director de cada Comunidad, como encarnación local de la autoridad del Instituto. Fueron 16 Directores los presentes. Juan Bautista no acudió a los encuentros para dejar a los Hermanos total libertad. El 18, martes, se procedió a la elección de Superior, con voto secreto. La elección recayó sobre el Hno. Bartolomé. Al enterarse del nombre del elegido, parece que sólo dijo. *“Hace tiempo que ya ejercía”*.

Los Hermanos de esta Asamblea determinaron que dos Hermanos ejercieran como consejeros especiales o asistentes. Eligieron al Hno. Juan Jacquot, de París, y al Hno Juan Le Roux, de Reims. Habían aprendido de Juan Bautista lo importante que era *la colaboración, la pedagogía del consejo y de la solidaridad* [76] y en esto lo manifestaron.

Los Hermanos aprovecharon el encuentro para revisar la *Regla* {11} y encargaron a Juan Bautista que la redactara y escribiera de forma definitiva, como así lo hizo en los meses siguientes. También le pidieron que perfeccionara la "*Guía de las Escuelas Cristianas*" {10}. Él lo realizó con agrado, pero ya pocas cosas cambió, a juzgar por los textos que hoy se conservan, entre la de 1696, fecha de la primera redacción, y la de 1720, fecha de su primera impresión. Cuando terminó estas encomiendas, se entregó a sus tareas sacerdotales de capellán, ofreciendo a todos sus servicios en el confesionario y en las acciones litúrgicas.

Se daba cuenta de que su vida se acercaba al final. Su último lenguaje educador fue el de los gestos. La *disponibilidad* [77], la *cordialidad* [78], el *espíritu de servicio* [79] y, en la medida de sus posibilidades, la *práctica de las doce virtudes del buen maestro* que un día, ya lejano, había plasmado en la "*Colección de varios trataditos*". Ellas fueron su norma de vida, su lenguaje testimonial ante los que con él vivieron los últimos meses. Esas virtudes del buen maestro: *gravidad, silencio, humildad, prudencia, sabiduría, paciencia, mesura, mansedumbre, celo, vigilancia, piedad, generosidad* [80] fueron su fotografía perfecta. Y el espíritu que quiso para su Instituto y plasmó en el comienzo de las "*Reglas Comunes del Hermano*", el *doble espíritu de fe y el espíritu de celo* [81], fue su motor interno.

El 4 de Octubre tuvo que hacer un inesperado viaje a París, para recoger una herencia que, "*por motivos de conciencia*", le había dejado el Sr. Luis Rogier, recientemente fallecido. En el documento notarial de tal cesión figuraba su nombre en cuanto Superior del Instituto. El reclamó que se evitará tal título que ya no le correspondía en realidad. El notario se negó a ello, por su carácter sacerdotal, pues el legado iba a su nombre

como Superior y no entendía que un laico fuera ahora Superior. Juan Bautista se negó insistentemente a firmar en esas condiciones. Cuatro o cinco meses estuvo negociando con el notario que se oponía a cualquier modificación.

Mientras estos sucesos duraron, residió en el Seminario de San Nicolás de Chardonnet, que era una residencia sacerdotal de gran piedad y orden. Sin duda prefirió esa residencia para ir acostumbrando a los Hermanos a su ausencia y para evitar que se avivaran los rescoldos de la antigua oposición a su persona entre los sacerdotes de la Parroquia.

Mientras estuvo allí, casi cinco meses, compuso el "*Método de oración*" {31} para los Novicios. Incluso animó a los Hermanos que habían sido enviados para abrir la escuela penúltima que vería inaugurarse en vida: la de Los Inválidos, en París (56), cuyo funcionamiento se inició el 8 de Noviembre de este año.

Los sacerdotes de San Nicolás dieron de él un testimonio que se convertía en un breve epitafio de lo que había sido su vida hasta aquel momento. "*Hemos notado en él sobre todo celo y fervor extraordinario por su perfección, profunda humildad y mucho amor a la mortificación y a la pobreza*" [81].

1718. El 7 de Marzo regresaba La Salle a San Yon, después que el notario cediera en sus pretensiones y le entregara el dinero, a pesar de no ser ya el Superior de los Hermanos. Él lo entregó al Hno Bartolomé de inmediato. Antes de partir, se despidió de los sacerdotes de San Nicolás, pagó religiosamente su estancia, que fue de 63 libras y 5 sueldos, y pasó un día con los Hermanos de París.

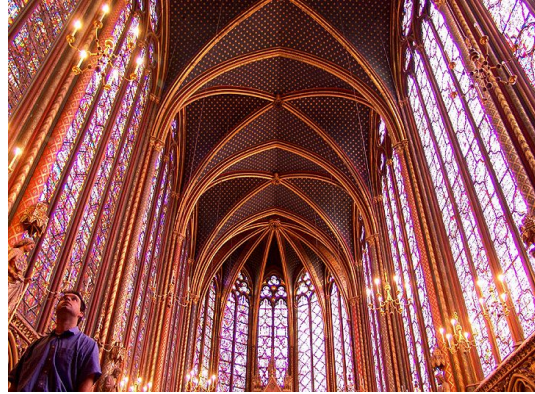
Al día siguiente de llegar, el día 8, se formalizó en París, a donde habían acudido el Hno. Bartolomé y el Hno. Tomás, Ecónomo, la compra de la

finca y de la casa de San Yon por 15.000 libras. Firmaron ya la compra el Hno. Bartolomé y dos Hermanos más, lo cual produjo gran alegría a La Salle. Continuó su vida en la casa de San Yon, ayudando en todo lo que podía, puliendo los libros del Instituto, *la Guía de las escuelas, Las Meditaciones, las Reglas de los Hermanos y la Regla del Hermano Director de una casa*. Continuó siendo admirable por su prudencia, discreción y generosidad.

El Hno Bartolomé gobernaba bien, sobre todo teniendo en cuenta el espíritu fraternal que reinaba entre los Hermanos. Consultaba al Fundador, que respondía discretamente, sin nunca entrometerse. Un ejemplo basta para advertir su estilo. El 26 de Junio, el Hno Bartolomé estuvo a punto de enviar a cuatro Hermanos a Canadá, con el Sr. Charon, que partía para allá y había venido a París a buscar apoyos y concesiones para la Colonia francesa del Norte de América. Juan Bautista, consultado antes, lo vio bien. Pero pasó la noche en oración y, al día siguiente, dijo a los Hermanos Juan y Bartolomé, que habían realizado la negociación para la obra que creían iban a iniciar: *“Dios mío, Dios mío, ¡qué vais a hacer!”*, indicando con ello que la medida era mala. La decisión se rectificó a tiempo. El Hermano Bartolomé no preguntó más y deshizo el compromiso. Se supo muy pronto que Charon quería ocupar a los Hermanos por separado en parroquias y en un Hospital, no en escuelas, como al principio había concertado. Y, además, Charon murió en el viaje de regreso.

A mediados de año, conoció la apertura de la segunda escuela de Dijon (57) y la segunda de Avignon (58). Fueron las últimas obras iniciadas en su vida terrena. En diversas fechas de este año, Juan Bautista cedió por escritura al Hno. Bartolomé sus diversas pertenencias: rentas que quedaban a su nombre, los libros que le pertenecían y que estaban en París,

los documentos oficiales que obraban en su poder, algunos memoriales y también los muebles que figuraban comprados a su nombre. Presentía que su vida se terminaba, aunque los Hermanos no pensaban en una partida inminente.



Capilla Santa de Paris

1719. Comenzó el año con diversas enfermedades y achaques. Le quedaba la última desavenencia con el clero y tuvo que pasar por ella. El párroco de San Severo, Luis Dujarier, parroquia a la que pertenecía San Yon, le formuló una denuncia de incumplimiento de un pretendido compromiso. Le acusaba de no cumplir el acuerdo del 22 de Marzo de 1706, firmado con su predecesor, es decir, doce años antes. Lo acusaba de no llevar a los penados, a los novicios, a los enfermos, a los actos de la parroquia y de celebrar él en San Yon los oficios religiosos.

Era la última de las gotas de hiel que, como fundador, iba a amargarle en los últimos días de su vida. Fue inútil hacerle ver al dicho clérigo que las cosas habían

cambiado, que ahora había un reformatorio y un presidio, enfermos y reclusos bajo arresto judicial; y otras razones. La condena en forma de privación de las facultades sacerdotales le llegaría ya en el lecho de muerte. Probablemente no la conoció del todo. En la medida en que supo que era acusado de esta desavenencia, pronunció la última de las plegarias de

resignación de las miles que había hecho en su vida. “*Bendito sea Dios*”...

Después, le llegó la hora de la despedida. No fue ni larga ni tampoco corta. La última cuaresma la pasó con frecuentes dolores y prácticamente en el lecho. En Febrero tuvo una caída al suelo al ir a sentarse para hablar a los alumnos. Le provocó un absceso en la cabeza, que le reventó por un oído. El 5 de Marzo, una puerta la cayó encima y le dañó también, sin culpa de nadie. Hubo de quedar en cama casi todos los días. El 19 de Marzo experimentó una inesperada mejoría y tuvo fuerzas para celebrar con alegría la última misa y confesar a varios que

se lo pidieron. Creyeron los Hermanos que San José le curaba por haber sido un gran devoto suyo. Pero, al día siguiente, recayó enfermo; ya no volvió a levantarse más del lecho.

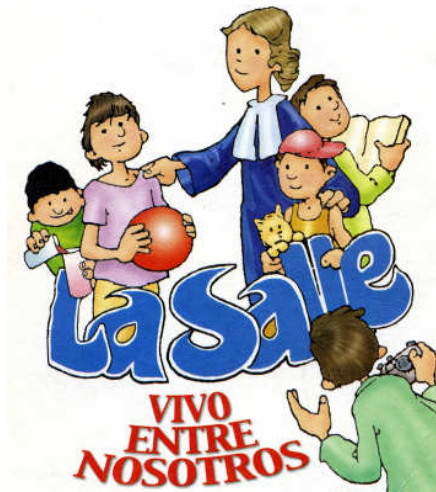
El último documento firmado temblorosamente fue su “Testamento” {32}, fechado por el notario presente el 3 de Abril. El 5 recibió el Santo Viático y el Jueves Santo la Unción de los enfermos. El 6 pronunció algunas palabras como recomendación a sus seguidores y, al amanecer del 7, Viernes Santo, entregó su alma a Dios, después de breve agonía. Así de rápida fue su partida, después de una vida que dejaba una estela bella, cautivadora e impresionante

Por una Pedagogía de Recapitulación

*La pedagogía activa tiene en Juan Bautista de la Salle un modelo.
Inició un moderado sistema de enseñanza moderna para clases populares.
El sentido de lucha y de servicio fue típico de su pedagogía.
Pero su ideal estuvo en enseñar a vivir en la presencia de Dios.
Reclamó siempre adaptación a los diversos ambientes y personas.
Y trató de que sus maestros fueran responsables y eficaces.
Sin la pedagogía de La Salle, en la historia de la educación habría un vacío.*



Época séptima. PERVIVENCIA POR LOS SIGLOS



Su figura humana se consumió en el sepulcro modesto de la iglesia de San Severo. Su recuerdo, vivo y creativo, alentará durante más de tres siglos el nacer y el renacer, el caminar y el retroceder, en definitiva, el vivir de un gran Instituto religioso y educativo. De los 104 Hermanos que él dejaba en medio centenar de escuelas, se pasó a los cerca de 20.000 en los momentos más gloriosos de las estadísticas, entregados a su tarea en casi un centenar de países. Aumentarían sin cesar cuando su espíritu fue contagiando a multitud de entusiastas educadores.

De los 5.000 escolares que iban a sus aulas en 1719, se pasó a millones al comenzar el siglo XXI, un millón sentados en los bancos de sus escuelas y diez veces más de antiguos alumnos, viviendo el recuerdo y poniendo en obra las enseñanzas recibidas en los años escolares pasados bajo el espíritu del Fundador de las Escuelas Cristianas.

Pero, sobre todo, dejaba una obra dinámica en movimiento creciente. Le sucedió como Superior el Hermano Bartolomé, que sólo le sobrevivió un año. El siguiente Superior, el Hno.

Timoteo, regiría los destinos del Instituto durante treinta y un años. A él le correspondería la misión de incrementar y multiplicar las escuelas de la Salle de manera portentosa, a pesar de las dificultades de aquellos años.

La silueta bondadosa y sufrida de Juan Bautista de la Salle siguió iluminando la Historia de la Pedagogía mundial. El 26 de Enero de 1725 se recibió la Bula Pontificia de aprobación del Instituto. Se titulaba "In Apostolicae Dignitatis Solio". En ella Benedicto XIII determinaba las formas jurídicas de la Obra lasaliana. Sus miembros serían siempre laicos: renunciarían al sacerdocio para dedicarse en exclusiva a la educación cristiana. Pero serían religiosos y harían votos de *pobreza, castidad, obediencia, de enseñar gratuitamente a los pobres y de estabilidad en el Instituto*. [82] No eran los votos que él había diseñado, pero eran los que la Iglesia había señalado y respondían plenamente al espíritu que había presidido su labor fundadora. Ellos sería la fuerza de los seguidores de tan excelente figura.

Los Hermanos *vivirían en Comunidad* [83] y *dependerían de la autoridad*

eclesiástica [84], pero se registrarían por sus propios superiores, normas y tradiciones. Su *espiritualidad no será clerical*, [85] sino laical, lo cual significaba que se alejaban de otras instituciones religiosas tributarias de los usos y plegarias monacales, conventuales o clericales.

Sería la primera congregación de *religiosos laicales* [86] de la Iglesia, hombres dedicados en exclusiva a la educación por medio de la escuela cristiana. Su laicidad les abriría las puertas de muchos mundos pedagógicos. Los Hermanos hicieron los citados votos, en conformidad con la Bula de aprobación, y siguieron caminando en la Historia.

El 12 de Mayo del mismo año de 1725, se consiguieron Letras Patentes registradas en el Parlamento de Ruán. Ese documento legal daba al Instituto de las Escuelas Cristianas carácter jurídico con todas las consecuencias: capacidad de poseer, responsabilidad legal, valor de sociedad civil, reconocimiento público, etc. A partir de estos documentos, el Instituto quedaba sólidamente establecido y se lograba, a los pocos años de la muerte del Fundador, lo que en su vida no había querido conseguir.

El Hno. Timoteo quiso tener los restos del Fundador en la capilla de la casa central, en San Yon. El traslado se hizo el 16 de julio de 1734, después de construir una hermosa iglesia, adaptada a las posibilidades de la nueva Congregación religiosa.

Allí estuvieron durante casi cien años. Fueron profanadas sus reliquias durante la Revolución Francesa; pero manos piadosas las recogieron y guardaron. En 1835 se trasladaron a la capilla de la escuela de Saint Lo. Y en 1904, ante la persecución a las escuelas cristianas en Francia y la expulsión de casi diez mil Hermanos franceses, fueron llevadas a la casa central de Lembecq-lez-Hal, en Bélgi-

ca. El 26 de Enero de 1937 se depositaron en la Casa de Roma.

Su pensamiento pedagógico, que intenta quedar fotografiado en estas páginas, comenzó a cruzar fronteras en sus días terrenos, anidando en la misma Roma, capital de la cristiandad. Luego, se abrió a otros países y continentes, primero el americano, en el Canadá francés. Pero, más adelante, navegó por los cinco continentes y se presentó creador y desafiante en un centenar de países de la tierra.

Su mensaje de educación cristiana se extendió mucho más allá. Medio centenar de Institutos religiosos nacidos en el siglo XVIII y en el XIX se inspiraron en su estilo docente y en su espíritu creador. No es un alarde estadístico, sino una realidad contrastada. De los dos mil (sic, 2.000) Institutos y Fundadores de índole educativa que hoy perviven en la tierra, más de un centenar, de una o de otra forma, lo han reconocido explícitamente, se han inspirado en él y en alguna ocasión le han hecho presentes en sus escritos.

Hoy basta explorar con un buscador en la red de redes, por medio de Internet, el nombre de La Salle para quedar fascinados por lo que La Salle significa en el mundo, en multitud de idiomas y en las más variadas realidades educadoras.

Pero, cuidado, no se trata de alardear de prestigios humanos. Los seguidores de Juan Bautista de la Salle, superando tontas actitudes de vanidad terrena, tienen el desafío de entender lo que es un mensaje pedagógico perpetuo y convertirlo en obras de Iglesia, es decir de *evangelización de todo el orbe*. [87]

El mensaje de Juan Bautista de la Salle, fecundo por la actitud martirial de su iniciador, se mantiene desafiante a pesar del paso de los siglos. Científicamente se presenta, y debe hacerse así con rigor objetivo e histórico, co-

mo uno de los grandes hitos de la educación occidental.

Y como el más brillante del siglo XVII y uno de los óptimos mensajes de los últimos siglos en la pedagogía cristiana y también en la laica o meramente racional, liberal, y social.

Todos los educadores cristianos son deudores de su pensamiento. No en vano ni de forma oportunista o privilegiada Pío XII lo proclamó Patrono de todos los educadores católicos en el Breve "Quod ait", del 15 de mayo de 1950. Lo hizo por el *valor de su espiritualidad*, [88], por la *audacia de su pedagogía de la eficacia* [89] y por el sentido de su *fidelidad eclesial* [90] en medio de los avatares de su tiempo. Una obra predilecta fueron para él, sin duda, los centros de formación de educadores cristianos.

El mensaje de Juan Bautista de La Salle tuvo muchos reclamos y ejes de atención preferente. Fue un carisma original y cautivador. Pero, en clave de pedagogía cristiana, sus rasgos pudieran centrarse en tres referencias o rasgos luminosos y dignos de imitación, incluso en los primeros decenios del siglo XXI.

Primero, fue su sentido del *magisterio cristiano* [91] y el valor que otorgó al educador inspirado en el Evangelio. Centros de formación de maestros cristianos fueron sus Noviciados, orientados a preparar educadores consagrados a Dios. Fueron varios en vida. El 1 de Noviembre de 1693 surgió el de Paris. Fue renovado en 1705 y apenas pudo sobrevivir, cuando clérigos irreverentes intentaron romper, por cierto sin conseguirlo, su sentido de Iglesia, para seguir cultivando maestros de sacristía. Intentó formar otro Noviciado en medio de la cultura provenzal de Marsella en 1712 y, de nuevo, la malicia de los envidiosos echó por tierra su intento. Su noviciado I quedó convertido en modelo de los que después vendrían, al trasladarlo en

1714 a la Diócesis de Ruán, a la casa de San Yon.

Allí terminó sus días terrenos y comenzó a caminar por la Historia dejando tras de sí un nido de águilas nobles que volarían muy lejos en la tierra.

No tuvo la suerte, o la dicha providencial, de ver triunfar su otra gran ilusión: los Seminarios de Maestros, *verdaderas escuelas de magisterio rural* [92]. Las cuatro veces que lo intentó y las muchas que soñó con ellas siempre terminaron en fracasos. Unas porque se abortaron sus planes, como aconteció en 1680 en Reims y en 1685 de nuevo en la misma ciudad. Otras, porque no duraron, como la que tuvo en San Dionisio en 1705, que fracasó en 1709 por la infidelidad de Nicolás Vuyart. Y la cuarta, origen de su peor pleito en vida, por la incongruencia del abate Clement en 1714.

Con todo, el germen quedó en sus seguidores y el mundo se llenó de escuelas de maestros gracias a la intuición del fundador.

Sus acciones, fracasadas en vida, quedaron latiendo y señalaron el derrotero de una ilusión pedagógica de gran calado histórico.

Segundo, fue su *amor al escolar, al niño*, [93] en cuanto cristiano, en cuanto aprendiz y en cuanto miembro de una sociedad que le mira como niño y en breve le recibirá como *ciudadano honesto y reverente*. [94] Estudiar lo que se dice del escolar en los escritos de Juan Bautista de La Salle es caminar por un bosque de sugerencias y de intuiciones que deja pequeñas a todas las ideas y consignas de los pensadores de tiempos pasados, contemporáneos a su obra o posteriores.

Ni <los humanistas Luis Vives, ni Erasmo de Rotterdam, ni Tomás Moro se le pueden comparar.

Entre sus contemporáneos, hubo grandes figuras educativas, del estilo de Carlos Demia, de Fenelon o de Juan Amos Comenio. Aunque las comparaciones sean inoportunas y subjetivas, ninguno de ellos gestó un mensaje pedagógico que se le pueda igualar. Y los grandes enciclopedistas, del estilo de Rousseau, Voltaire o Montesquieu, o los naturalistas, como Pestalozzi, o los empiristas, como Locke, no pueden compararse con él en clave de *cercanía al educando y de concepción del educador.*[95]

Su psicología, cuajada de *fina observación* [96]; su *metodología, de renovación más que de ruptura* [97] y de *vanguardia más que de aventura* [98]; y, sobre todo, su sentido cristiano, por encima del audaz Blas Pascal de las Petites Écoles de Port Royal o de los agnósticos enciclopedistas franceses que le siguieron de inmediato, le situó en un lugar brillante en la historia objetiva, no en la sectaria, de la educación occidental.

Y, en tercer lugar, en la órbita de la pedagogía cristiana, la que inspira el ideal del hombre en los mensajes puros y limpios del Evangelio, el humilde excanónigo de Reims se coloca, por sus escritos y por sus intuiciones, a la altura de los grandes pedagogos posteriores al Concilio de Trento, al estilo de San Ignacio de

Loyola, de San José de Calasanz o de San Felipe de Neri, por citar sólo algunas de las grandes estrellas de la educación cristiana. Eso significa que mira a la *Iglesia cristiana como su espacio natural* [99]. Pero su corazón y su mente están abiertos al mundo, por lo que su pedagogía quiere ser y es misionera para ser respuesta de *fidelidad al mandato evangelizador del mismo Cristo el Señor* [100]

Esta es la figura que se ha diseñado y pretendido reflejar en este boceto biográfico y en este manejo de intuiciones pedagógicas que quedan prendidas en las páginas que a los educadores aquí se ofrecen. Ojalá que todos terminen su lectura con el deseo de conocerle mejor, de aprender en el agua cristalina de sus escritos, y de seguir sus luminosos caminos para hacer una educación mejor cada día.

Valga esta invitación, no sólo para los que desde dentro de las instituciones de La Salle le recuerdan y le invocan como padre y Fundador, sino también a la nueva pléyade de educadores que hoy se asocian a sus seguidores tradicionales, viven de la fe, aman el mensaje evangélico y quieren comprometerse en una empresa sublime, la educación cristiana, que sigue siendo uno de los desafíos el siglo XXI.

